

Año V

Núm. 3

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

008 (83) (05)



SUMARIO: Juan de Armaza: *Nocturno* □ P. Schostakowsky: *El calvario ruso* □ María Monvel: 2 poemas □ Osvaldo Vicuña Luceo: *Cartas acerca de Marcel Proust* □ Carlos Keller R.: *Causalidad y finalidad* □ Hombres, ideas y libros: Enrique Molina: *Visita a la Escuela de las Rocas* □ Jean Prévost: *Movimiento de traducciones en Francia* □ R. Silva Castro: *Chaplin, genio del cine* □ R. Cabrera Méndez: *En torno a la escuela española* □ Alberto Romero: *Por el libro chileno* □ EX-LIBRIS □ GLOSARIO DE REVISTAS

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00 ~ Mayo 30 de 1928

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago
Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO V

MAYO 31 DE 1928

NÚM. 3

Juan de Armaza

Nocturno

008 (83) (05)



OR debajo de los cascos de los caballos, el camino corría.

Prendidos a él, pasaban silbando despojos de paisajes: casas bajo cuyos corredores tendía la luna triángulos de sombra, alamedas reclinadas como renglones de escritura orgullosa, frases de cantos extraviadas de una puerta adonde recogerse.

Del sonar de los cascos, el silencio defendía su reino, y un rosario infinito de ladridos desgranaba el rezongo.

Así galopaban inmóviles los caballos fantásticos.

¡Dios mío! ¿Dónde estás cuando en la noche te pedimos que barras con el viento las sombras? Galopa el espanto en sus potros cerriles desde que bajan sobre el sol los párpados de la tarde, y Tú también te extravías noche a noche en el mundo sin amparo.

¡Cuántas cosas tuvimos que se perdieron en la noche!
¡Cuántas cosas que, al alzarse los párpados del día,
buscamos angustiados mientras la sombra las apre-
taba, huyendo, en su negro rebozo!

¡Dios mío! vuelven los chunchos a la arbo-
leda, corre el camino entre cercos de
ladridos, y otra vez galopa inmó-
vil el espanto en sus potros
cerriles.

Paul Schostakowsky

El calvario ruso

(Un ensayo de crítica de la revolución rusa)

Y le fué dado poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, y con mortandad, y con bestias de la tierra.

APOCALIPSIS, Cap. VI, 8

LENIN al decir «la libertad es un prejuicio burgués» fué más elocuente de lo que pudiera ser cualquier escritor que toca este tema; su definición es demasiado sencilla para necesitar el menor comentario; así pues yo voy a abstenerme de tratar el asunto desde el punto de vista teórico; pero, para que la realidad de la vida rusa no escape al juicio de un lector extranjero, voy a dar una idea de la aplicación de dicha sentencia en la práctica de la vida cotidiana. A continuación van tres cuadros ilustrativos de lo que puede pasar a un ciudadano del Soviet al tomar el tren, el tranvía o yendo al mercado.

En el ferrocarril.—Un tren se pára inesperadamente en medio de un bosque:

—¡Todo el mundo baja!

Gran emoción entre los viajeros:

—¿Qué hay?

—¡Nada, vamos a cortar la leña!

Lágrimas, gritos, protestas, nada hace desistir al comisario

bolchevista de su resolución. Mujeres, hombres, niños y ancianos son rodeados por la guardia roja, que los lleva al campamento improvisado en medio del bosque. Durante tres semanas los infelices cortan y asierran la leña, viviendo en una promiscuidad infecta, sufriendo frío, hambre y torturas morales, por no poder avisar a sus parientes la razón de su desaparición repentina; mientras tanto aquellos los esperan, no sabiendo como rezar por ellos: ¿están vivos o muertos?

En el tranvía.—Un tranvía, lleno de pasajeros, corre por las calles de Petrogrado. En un paradero dos guardias rojas suben: uno sobre la plataforma delantera, otro sobre la de atrás, y el tranvía continúa corriendo, ya sin detenerse. Los pasajeros saltan de sus asientos:

—¿Qué hay?

—¡Nada, vamos a cavar fortificaciones fuera de la ciudad!

Las mujeres contestan con gritos histéricos: entre ellas hay una que encerró a su niñita de pocos meses en su habitación: otra dejó a una madre paralítica; y todas sin excepción tienen que volver a casa para preparar el almuerzo a sus padres, maridos, hermanos.

—Pues bien, allí el comisario va a decidir.

«Allí» el comisario no quiere escuchar a nadie:

—¡Basta, basta con los cuentos, a trabajar, todos van a volver a casa a las ocho de la noche!

—Pero, qué barbaridad, son las diez de la mañana, ¿qué va a hacer mi niñita sin mi todo el día?

—¿Barbaridad, dice Ud.? Bien, ¡entonces quedará aquí hasta mañana!

En el mercado.—Un destacamento de guardia roja rodea al mercado. La gente que se encuentra dentro del cordón de tropa está arrestada.

—¿Qué hay?

—¡Nada, una verificación de documentos!

Los agentes de la Cheká o de la Gepeú hacen una selección de gente recogida: unos se liberan en el acto; otros se reparten

entre las cuadrillas improvisadas de obreros y obreras; los restantes quedan arrestados.

—¿Por qué?

—¡Sin razonar, siga adonde le dicen!

Un observador, mirando lo que pasa, no entiende nada. Unos salen dichosos por haber escapado milagrosamente al arresto, cuyas consecuencias nadie puede prever: de la Cheká o Gepeú uno puede salir el mismo día, como puede quedarse semanas, meses y años arrestado, o ser deportado, o ser fusilado después de un año de permanencia en un calabozo.

—¿Por qué?

—¡Sin razonar, siga adonde le dicen!

Mientras tanto las cuadrillas improvisadas se reparten:

—¡Diez mujeres a la caserna tal, a lavar los pisos y las ventanas! ¡Cinco mujeres al hospital de Obujov a lavar los cadáveres!

—¿Por qué?

—¡Cállate, burguesa maldita, sigue adonde te dicen!

—¡Pero, si yo soy una obrera, mire mis manos!

—¡Sabemos el cuento, ahora todos tienen las manos callosas; sigue adonde te dicen, sin razonar!

Cada ruso puede contar cuentos de esta índole a centenares; que a través de ellos corra la sangre o sólo lágrimas de desesperación; que se oiga en ellos gritos del alma y carnes torturadas o carcajadas de una risa histérica, no importa; el origen, el punto de partida de cada cuento no varía nunca: es la imaginación enfermiza de un bolchevique, embriagado por el poder, embriagado por el sentimiento sensual de tener en sus manos la vida de aquellos hombres, el honor de aquellas mujeres, de poder hacer cualquier monstruosidad con cualquiera; es esta sensualidad la que dicta las resoluciones más inesperadas, y que personifica una «Fortuna» cruel y odiosa, que con los ojos cerrados distribuye de su cornucopia nada más que la muerte y miserias humanas!

* * *

La legislación y la justicia. La cuestión de la legislación y de la justicia soviéticas puede tratarse como la de la libertad individual, en pocas palabras. A pesar de que Lenin no nos dejó ninguna definición precisa de lo que, a su parecer, es la legislación bolchevista, las declaraciones oficiales de los comisarios del pueblo, así como las instrucciones y decretos del poder central, son bastante elocuentes para fijarnos sobre el modo de pensar de los dirigentes rojos.

Así, por lo que se refiere a los derechos naturales de los ciudadanos, la nota diplomática de Chicherin, que hacía saber al universo civilizado que sobre el territorio soviético cualquier hombre puede ser *legalmente* fusilado, a raíz de un sencillo informe de policía, hace inútil todo comentario o estudio de las leyes que se refieren a las garantías constitucionales de los súbditos soviéticos.

Del mismo modo el aparato judicial se condena a sí mismo y condena a toda la legislación soviética con la sola orden que impone a los jueces la obligación de dejarse guiar, en el cumplimiento de sus funciones, por su *conciencia revolucionaria*. Nadie sabe lo que es la conciencia revolucionaria; nadie nunca la ha definido; pero, para que los jueces no se equivoquen aplicando en la práctica una indicación oscura, el decreto explica que el delito que ellos juzgan no tiene mayor importancia; que lo que importa es saber si el acusado pertenece a la clase burguesa o proletaria.

Bajo el régimen zarista el origen del acusado también tenía su importancia; así un robo, que valía a un mujik analfabeto unos pocos meses de prisión, equivalía para un noble a la degradación y el destierro en Siberia; y sin embargo qué diferencia de concepto de la parte del legislador. Antes, la aplicación de un castigo mayor al reo «noble», reconocido culpable, obedecía a una consideración que puede traducirse por el adagio

francés, «noblesse oblige», mientras que ahora la insinuación de que el delito no tiene mayor importancia tiende a forcer la justicia en su esencia misma, en su razón de ser. Efectivamente, cualquier comunista puede acusar a cualquier burgués de un crimen cualquiera y hacerlo condenar a muerte, ya que los jueces no toman en cuenta el delito, sino el origen del acusado; y es así cómo los procesos más extravagantes, más inverosímiles tienen lugar, y a pesar de que las acusaciones formuladas en contra de los procesados chocan con el más elemental sentido común, los infelices pagan con sus vidas el crimen de no haber nacido proletarios.

Los bolcheviques, que pueden matar a cualquiera sin proceso alguno por medio de la Cheká o Gepeú, recurren al aparato judicial cuando quieren hacer de la muerte de unos hombres objeto de propaganda política, o una demostración de la necesidad del terror rojo, o cuando quieren justificar su propio error, haciendo recaer la responsabilidad de sus experimentos sobre algunos «spetz», o sobre los primeros burgueses que les caen bajo la mano.

En estas condiciones ¿cómo explicar que varios investigadores extranjeros se dieran el trabajo de analizar la legislación soviética con la misma seriedad con que un estudioso podría analizar el Derecho Romano? La sola explicación de tal ingenuidad puede residir en que la mayoría de ellos carecían de conocimientos históricos y lingüísticos, indispensables para *entender* las cosas rusas, como carecían de la imaginación necesaria para admitir que *la legislación bolchevista no es más que la propaganda bolchevista!*

Es que, desde el punto de vista de los dictadores rojos, las acciones y gestos humanos se dividen en dos categorías: los que pueden interesarles y los que les son indiferentes. La primera categoría engloba todo lo que pueda perjudicar o amenazar al poder soviético. Para garantizarlo contra cualquier atentado hay la Cheká o Gepeú con todo su aparato temible de espías, policías, verdugos y tropas «especiales». La legislación y la justicia se limitan en este caso a conceder a los agentes de

la administración terrorista derechos ilimitados sobre la vida y los bienes de los ciudadanos del soviét; éste es el sistema sencillo y expedito que los bolcheviques emplean para la defensa propia.

Ahora para entender cómo los bolcheviques defienden los intereses de otros, de sus súbditos, hay que dejar a un lado el concepto burgués del derecho de propiedad, y la situación nos quedará clara inmediatamente: si los bolcheviques toleran un resto del derecho de propiedad, como un mal por el momento incurable, ¿en qué puede interesarles su protección? ¡En nada! Tanto da proteger a la superstición o a los morfinómanos. Que los tribunales populares se desenreden como quieran, con tal de estar seguros de que si un burgués lesiona los intereses de un proletario, la Temis Sovietista no le deja escapar de sus manos; y para eso basta organizar convenientemente los tribunales.

Con este fin el jurado está abolido; en cada tribunal hay un juez, nombrado por el poder central, y dos asesores, elegidos por y entre el proletariado, según indicaciones de las organizaciones comunistas; además hay un secretario, también hombre seguro, y que explica a los jueces poco experimentados lo que debe dictarles su «conciencia revolucionaria».

A veces esta justicia popular, cuando no se encuentra ligada por consideraciones de índole política, llega a soluciones que hubieran honrado al mismo Salomón, ya que, al igual del rey bíblico, los jueces se guían no por el código legal sino por su propia sabiduría. Así, por ejemplo, en uno de los tribunales de Petrogrado, una mujer sostenía un pleito, reclamando a su amante un subsidio mensual para sostener a un hijo engendrado por él. De acuerdo con el decreto bolchevista ella tenía derecho a la tercera parte del sueldo de su amante. Este último protestaba, diciendo que todo era mentira; que la mujer hacía una vida desordenada; que tenía varios amantes a la vez y que no había ninguna seguridad de que el niño en cuestión fuese hijo suyo; y para dar mayor peso a sus afirmaciones, el hombre presentaba el testimonio de un amigo suyo, el cual, efectivamente, con-

firmaba que vivía con aquella mujer al mismo tiempo que el inculpado:

—¿Ah, Ud. vivía también con ella?—pregunta el juez al testigo.

—Sí, camarada juez.

—¡Bien, entonces cada uno de Uds. va a pagar a ella la tercera parte de su sueldo mensual!

No podía la infamia ser castigada de modo más sensible y humano a la vez.

Desgraciadamente, los juicios como aquél son excepciones raras y no pueden justificar las tragedias que se desarrollan bajo el cartel:

«El tribunal popular no se venga, sino cura.»

Haciendo omisión del caso de los burgueses, que se ven condenar siempre, y para los cuales la cuestión se presenta únicamente desde el punto de vista de la aplicación de la escala de castigos, hay a veces casos trágicos, que provienen nada más que de la falta de cultura de los jueces. Así, un mujik, por haber traído consigo a Petrogrado cuatro kilos de carne, fué condenado en 1919 a la prisión perpetua, por el fallo siguiente: «arrestar a fulano de tal *hasta que presente las pruebas* de que la carne traída no estaba destinada a la especulación, sino a su propio consumo». Lo más gracioso fué que el juez, que en esta ocasión era una ex cocinera, no podía comprender la desesperación del condenado, que cayó ante ella de rodillas, suplicándole no quitarle la vida. Es que además de no poder presentar prueba alguna de sus intenciones, el pobre mujik sabía que los prisioneros bolchevistas, en estos tiempos, morían de hambre, si no eran sostenidos por sus parientes, y que él no tenía nadie en la capital que pudiera ocuparse de su alimentación.

Uno que ha visto estas escenas, que ha podido medir la distancia que separa los decretos bolchevistas de la vida real, se imagina con dificultad que haya hombres que busquen en la

legislación soviética los ideales y las bases de una nueva estructura social.

* * *

El terror rojo; sus raíces y su psicología.

El terror rojo, que fué el eje principal de toda la política interior bolchevista, no puede ser comparado ni con el terror blanco, ni con cualquiera de los terrores conocidos por relatos históricos, ya que su desarrollo obedecía a tres fines diferentes: el primero fué el de defender al régimen bolchevista en el sentido político; el segundo, el de destruir la vida económica antigua; y el tercero, el de saciar la sed de venganza del proletariado victorioso, entregando las clases burguesas al saqueo de los partidarios de Lenin.

La defensa propia, en el sentido político, no requiere explicación alguna; los bolcheviques no fueron ni los primeros ni los últimos en usar el terror con este fin; la entrega de las clases burguesas al saqueo de los guerreros del comunismo también obedece a una tendencia conocida: hasta los últimos tiempos las poblaciones vencidas se entregaban al pillaje de los ejércitos victoriosos; queda entonces por explicar la tarea de la destrucción de la vida económica antigua.

El número de las víctimas, que hicieron las «Comisiones Extraordinarias para la Lucha contra la Contrarrevolución, el Espionaje y la Especulación», que en abreviatura se llama Cheká, número que la imaginación humana acepta difícilmente, se explica precisamente por el hecho de que no sólo los opositores activos de los bolcheviques, no sólo los burgueses, sino cualquier hombre que quería vivir, y que con este fin compraba algunos alimentos, se hacía culpable del delito de especulación y caía, junto con el vendedor, bajo la mano temible de la Cheká.

Las teorías bolchevistas, traducidas por decretos correspondientes, encontraron en la vida obstáculos invencibles, ante los cuales los carteles de propaganda más elocuentes quedaban sin efecto. En vez de explicar su fracaso por el defecto de sus

teorías, Lenin, que decía, «tanto peor para la realidad, si ella contradice nuestra teorías», lo explicó por la resistencia que la población le hacía, obstinándose en seguir los caminos antiguos en materia de economía. Entonces los bolcheviques pasaron de la persuasión al castigo de los «porfiados», los cuales, al igual de los peores enemigos del bolchevismo, empezaron a ser perseguidos por la Cheká. Todas las manifestaciones de la vida cotidiana, que pueden resumirse en dos palabras: *compra-venta*, fueron bautizadas con el nombre de *especulación* y prohibidas bajo la amenaza de muerte; pero, como la forma nueva de la organización económica, prevista *teóricamente* por la doctrina bolchevista, tardaba en substituir las formas condenadas de la economía antigua, la población no tenía otros medios de conservar su vida que buscando alimentos por cuenta propia, y comprándolos cuando los encontraba. Resulta que, *pocos días después de la abolición del comercio libre, todos los rusos que quedaban con vida eran infractores de las leyes bolchevistas y como tales expuestos a ser arrestados y fusilados por los agentes de la Cheká.*

Para conservar a mi relato toda la serenidad que exige el desenvolvimiento de mi plan, prefiero callarme sobre los detalles del cómo aquellos agentes aprovecharon la situación absurda, creada por los decretos precoces. Los que quieran conocer los detalles de la aplicación del terror rojo en Rusia, pueden encontrarlos en el libro de G. Popoff, intitulado «Cheká.—La inquisición roja», o en el libro de S. P. Melgunov, «The Red Terror in Russia»; ambos escritos se basan sobre datos y documentos oficiales. Yo voy a limitarme a consideraciones generales.

La Cheká funcionó cuatro años. Cuando los bolcheviques proclamaron la Nueva Política Económica, la famosa «NEP», era lógico reformar una organización que tenía por obligación la de pasar a todos los «nepmed» por las armas; además la necesidad de dar satisfacción a la opinión pública del occidente, con el cual los bolcheviques querían establecer relaciones diplomáticas y económicas, fué también un motivo de mucho peso

para aconsejar la transformación de la Cheká en Gepeú. ¿Cuál es el número de las víctimas de la Cheká durante sus cuatro años de existencia? Una estadística, que los bolcheviques han tenido, digamos la ingenuidad de publicar, nos lo enseña. Hasta el mes de Septiembre de 1921 la Cheká asesinó:

Obreros	192,350	Clérigos	1,243
Soldados.....	290,900	Maestros de escuela	3,775
Campesinos	864,700	Médicos	8,800
	<hr/>	Intelectuales.....	405,250
Total de los proletarios (dictadores) asesinados.....	1.347,050	Total de los intelectuales (sometidos) asesinados.....	419,068

El total global asciende, pues, a 1.766,118 víctimas.

Desde 1921 los bolcheviques guardan silencio, y las hazañas de la Gepeú se desconocen; pero, como de los tres fantasmas, CONTRAREVOLUCIÓN, ESPIONAJE, ESPECULACIÓN, perseguidos por la Cheká, quedaron solamente dos, CONTRAREVOLUCIÓN y ESPIONAJE, el número de las víctimas de la Gepeú debe ser necesariamente mucho menor; además, los elementos más en vista del antiguo régimen tuvieron tiempo de emigrar; los que quedaban estaban ya destruidos; como «caza» no quedaron a la Gepeú más que los socialistas-revolucionarios, mencheviques y el proletariado, disconformes con el régimen establecido; hay también los bolcheviques de la oposición, pero eso es ya un asunto de familia. Los estadísticos benévolos, que siguen los diarios bolchevistas y se informan privadamente, estiman que durante los diez primeros años del régimen bolchevista el total de las víctimas llegó a tres millones; es decir, que ellos consideran que, en seis años, la Gepeú mató solamente a un millón trescientos mil; la disminución, comparativamente con la Cheká, resulta bastante grande, casi de un 46 %.

Meditando sobre estas cifras espantosas, una pregunta se impone por sí misma: ¿cuál era la necesidad real de matar a

toda aquella gente? ¿Qué disculpa tienen los bolcheviques para haber ordenado una destrucción al por mayor, agregando a las víctimas innumerables de la guerra civil, del hambre y de las epidemias, otros millones de muertos? Es más que penoso contestar que sería estimar en exceso en 1 % la proporción de los muertos que tenían conciencia de haber realmente pecado ante el poder bolchevista; y entonces, ¿los demás?...

Alvarez del Vayo nos facilita la contestación; trazando la silueta de Dzerjinsky, jefe de la lúgubre institución, este admirador de los bolcheviques nos dice textualmente: «Puesto que hay que matar—se dice a sí mismo (Dzerjinsky)—¿que importa que los ejecutores sean asesinos? Al contrario, cuanto más asesinos, más en su papel. Chinos, letones, finlandeses, licenciados de presidio, antiguos agentes de la policía secreta zarista, prostitutas, ningún antecedente penable les invalida para entrar a la Cheká. Al admitirlos en ella todo se les perdonaba de antemano; todo menos que tuviesen un segundo de flaqueza en la lucha contra la contrarrevolución».

Resulta que podemos asombrarnos únicamente de cómo se explica que hayan muerto a tan poca gente. Y aquí dejamos los horrores para pasar al estudio histórico de la Cheká, porque no hay duda que ella tiene sus raíces mucho más lejos que en la revolución bolchevista. Dzerjinsky y su patrón Lenin podrían ser lo que quisieron, en el sentido de la atrofia de los sentimientos humanitarios, pero ellos tenían que encontrar brazos para matar, como el gobierno zarista tenía que encontrar buenas voluntades para servir en la Ojrana*.

Con esto yo no quiero comparar la Cheká con la Ojrana desde el punto de vista práctico. El régimen zarista fué un régimen de absolutismo instruido; a los dirigentes zaristas, si les faltaba la conciencia de los derechos naturales de los ciudadanos que ellos gobernaban, no les faltaba el sentimiento de justicia y de humanidad; un revolucionario para ser ejecutado tenía que

* Ojrana quiere decir guardia, protección; así se llamaba el departamento de policía secreta, encargado del resguardo del orden político.

cometer un atentado, matar a un ministro o empleado público; tenía que ser juzgado y condenado por un tribunal. No obstante la exclusión de los crímenes políticos de la competencia de los tribunales de jurado y de la justicia ordinaria, aún los tribunales de la «corona», como los tribunales militares, aplicaban el castigo a un crimen comprobado; y si la deportación se practicaba como una medida sencillamente administrativa, nunca podía suceder que un agente de policía, semi-culto, pudiera tomar una decisión cualquiera en este sentido. Los investigadores eran oficiales del cuerpo de gendarmería, hombres de cierta cultura y de preparación especial, de modo que la arbitrariedad del régimen se ocultaba bajo formas y reglamentaciones, que, en el interés del régimen mismo, querían evitar los procedimientos brutales y arrestos inútiles. El yugo blanco era como una mano de hierro en un guante de terciopelo; el poder zarista decía: «haced lo que queráis, salvo política», y la tutela policial se hacía sentir exactamente en la medida necesaria para que los súbditos del Zar no olvidasen lo que les esperaba, en el caso de querer anticiparse a las libertades constitucionales.

En cuanto a las víctimas de los dos regímenes, la posibilidad de cualquiera comparación desaparece por completo: ¡la Cheká mataba por término medio treinta y siete mil hombres, mujeres y niños mensualmente! ¡Mataba! A esta cantidad no llegaba el número de los que fueron arrestados por el poder zarista por crímenes políticos durante todo un siglo, desde 1817 hasta 1917; y en cuanto a los ejecutados, en los mismos cien años, los zares han hecho menos víctimas que la Cheká hacía en un solo día.

Hago todas estas aclaraciones para que en el estudio del espíritu de la arbitrariedad, que quiero hacer, la práctica no se confunda con la teoría. Mientras que el país estaba gobernado por hombres cultos y preparados para la tarea del gobierno, la arbitrariedad se manifestaba por las perquisiciones, arrestos y deportaciones; apenas la barra del timón fué tomada por hombres semicultos y sin preparación alguna, la arbitrariedad se manifestó en robos y matanzas. Así la emoción del hambre:

para saciarlo, el hombre culto comerá pan, legumbres, frutas, etc., mientras que un caníbal comerá a su enemigo vencido o a su mujer.

Pasando al estudio teórico, hay que decir que la manera de gobernar en Rusia fué siempre la de Chingis Kan. Este gran militar y administrador es poco conocido en el occidente, y sin embargo su genio es superior al de Napoleón. Como conquistador, Chingis Kan es superior, porque formó el imperio más grandioso que la historia haya conocido; y como administrador lo fué también, porque supo conservarlo hasta su muerte. Nacido en 1154, Chingis Kan murió en 1227, es decir a los setenta y tres años, murió patrón indiscutible de un imperio que se extendía desde el Pacífico hasta el Báltico y el Danubio.

¿Cuál era el fin, el móvil de todas las conquistas de Chingis Kan? El gran Napoleón, en lo que se refiere a él, nos contestó indirectamente la misma pregunta en sus memorias, usando palabras resonantes, entre las cuales la «gloria» tenía el primer lugar. La contestó también Chingis Kan, y, como fué más contemplativo que el conquistador del occidente, la contestó con mucha más sencillez y sinceridad. Un día, Chingis Kan preguntó a sus familiares: «¿Cuál es la mayor felicidad en esta vida?» Y después de haber escuchado las contestaciones: «No—dijo—; la mayor felicidad consiste en mirar las lágrimas de los vencidos, ¡galopar sobre sus caballos, acariciar a sus mujeres e hijas; ¡eso es la verdadera felicidad, todo lo demás es nada!»

Un déspota no podía expresar con más claridad y precisión lo que hay de profundamente sensual en el sentimiento del poder; y si la sociedad rusa esperó hasta 1861 para acabar con el derecho de servidumbre, es porque una infinidad de pequeños «chingis kanes» tenían apego a sus privilegios, como un vicioso lo tiene a su vicio. El problema más difícil que pueda presentarse a una voluntad humana, es el de combatir un vicio propio, y entre éstos la sensualidad es uno de los más tenaces, de los más impetuosos, de los más difíciles de vencer.

El gran secreto del éxito de Chingis Kan fué su conocimiento del corazón humano; su principio de gobierno fué una mezcla

de autonomía y despotismo; los pueblos conquistados tenían una amplia autonomía en sus asuntos interiores: se gobernaban como querían; rezaban al Dios en que creían; conservaban las usanzas, costumbres, etc., que estimaban más convenientes; en una palabra, aprovechaban de todas las libertades, salvo de la libertad política. El despotismo político Chingis Kan lo ejercitaba por medio de su ejército de jinetes tártaros; eran ellos los que castigaban a los revoltosos, poniendo sus ciudades y aldeas a sangre y fuego; los que hacían la policía general del imperio y acompañaban a sus recaudadores de tributos e impuestos. ¡Qué satisfacción más grande que la de recaudar oro, plata, mujeres, pieles!...

Sí, me dirán; para el recaudador puede ser una satisfacción, pero para un oscuro guerrero de su escolta, ¿qué satisfacción puede darle ver el oro que nunca será suyo, a las mujeres que sus jefes van a acariciar y las pieles que van a abrigar a los favoritos de su kan, mientras que él, guerrero, tendrá que contentarse con unas pocas monedas de plata?

Bueno, en este caso la satisfacción de los jinetes tártaros fué la misma que la que hoy día hace llenar las filas de las policías contemporáneas por hombres no siempre malos, y a veces bastante íntegros; la misma que les hace preferir a un oficio tranquilo y respetable una vida llena de molestias, de insomnios, del imprevisto; que los condena a tratar únicamente con los infractores de la ley, si no con delincuentes; que les hace afrontar la antipatía de muchos y, en mejor de los casos, la indiferencia de la mayoría de sus paisanos. La satisfacción a la cual ellos se sacrifican es la de sentirse JEFE. El último policía, al vestir su uniforme y salir a la calle, es ya un jefe; y cuando más fuerte debe ser su sensación del poder, haciendo parar todo el movimiento de una Bond Street de Londres, de una rue de la Paix de París o de una Broadway de Nueva York con sólo levantar una mano!

Y los sub-oficiales de profesión, que forman parte de los cuadros de los ejércitos regulares, ¿no es acaso una sensualidad inofensiva la que experimentan, siendo jefes en sus compañías,

mientras que en la vida civil serían obreros o pequeños empleados de comercio, sin ningún poder sobre sus semejantes?

Napoleón escribía a uno de sus mariscales, que murmuraba, traduciendo el descontento de sus subordinados, ofendidos de que en uno de los boletines del «gran ejército» la acción de su cuerpo no estuviera bastante subrayada: «Uds. no son más que unos niños; diga a sus valientes, que en mi ejército hay bastante gloria para todos.»

Sí, seguramente, todos pueden embriagarse con la gloria, cuando forman parte de un ejército victorioso; todos pueden sentirse jefes, cuando forman parte de una administración de autoridad. Y mientras más primitivos son el hombre y el ambiente en que actúa, más posibilidades se presentan para ser el déspota y embriagarse de poder.

La arbitrariedad rusa es una herencia de los tártaros, y tan veraz resulta ser aquella afirmación, que un ruso, para señalar un acto de arbitrariedad, dice: «Este hombre procede como un verdadero Chingis Kan». Los procedimientos heredados por los rusos de los tártaros, eran a veces crueles e inhumanos, pero carecían de cualquiera casuística; ésta nos llegó junto con la cultura bizantina. Apenas los zares de «Todas las Rusias» hacen suyo el blasón de Bizancio, el águila de dos cabezas; apenas se proclaman tutores de la fe ortodoxa, en substitución de los emperadores bizantinos, caídos bajo la dominación turca; apenas Sofía Paleolog llega con su séquito a Moscú para casarse con Iván III, la casuística empieza a completar el sistema brutal, pero sencillo, de los tártaros. Las palabras «rozysk» (investigación) y «zastenok» (cámara de tortura) empiezan a repetirse más y más a menudo en relación con los secretos de Estado; pero, hasta Pedro el Grande, la investigación de los asuntos políticos queda a cargo de los mismos órganos del poder que informan sobre los delitos del derecho común.

El gran reformador fué el primero en crear, en 1697, bajo el nombre de «Preobrajensky Prikaz»*, un departamento de po-

* Preobrajensky es el nombre de una aldea suburbana de Moscú, en la cual empezó a funcionar dicho Prikaz, es decir, oficina.

licia secreta para las investigaciones de índole política. Más tarde, en el período peterburgués de la historia rusa, Preobrajensky Prikaz fué transformado en la «Cancillería Secreta», la cual, a su vez, Nicolás I transformó en el «3.er Departamento de la Cancillería de Su Majestad». En 1880, Alejandro II libró su Cancillería de los asuntos políticos, traspasándolos al Ministerio del Interior. Sin embargo, todas estas transformaciones no fueron otra cosa que el cambio de insignia, ya que en el fondo, el espíritu de la institución quedó el mismo durante más de dos siglos.

Fué el primer jefe del Preobrajensky Prikaz, el príncipe Romodanowsky, que supo introducir en su departamento los procedimientos de la inquisición: el misterio de las investigaciones, la crueldad de las torturas, el horror de las ejecuciones secretas; los espías y los delatores se hicieron por primera vez empleados públicos. Con el transcurso del tiempo los métodos del Prikaz han perdido su aspecto medioeval, pero nunca dejaron de ser repugnantes. Ultimamente, la sociedad rusa miraba a los oficiales de la gendarmería como a parias, marcados por el *sello de la infamia* e indignos de participar en sus reuniones.

A pesar de que tal fué el sentimiento general, los representantes de la más alta aristocracia aceptaban la herencia del príncipe Romodanowsky sin vacilar. Los hombres de procedencia obscura, como, por ejemplo, el célebre Shishkowsky bajo Catalina la Grande, fueron raros; los representantes de las razas no rusas, como el conde Benchendorf, bajo Nicolás I, tampoco eran numerosos; la mayoría fué de alto linaje ruso: un Orlov, o un Dolgoruki, o un Shuwalow, o un Cherevin, amigo íntimo de Alejandro III. Durante dos siglos la policía secreta, encabezada por hombres de mayor prestigio e influencia personal, quedaba inaccesible a cualquier crítica o censura, y finalmente, disponiendo de medios de acción ilimitados, ella llegó a formar una autocracia en la autocracia, imponiéndose hasta a los ministros y a los monarcas mismos.

Para que la inquisición religiosa pudiera nacer, millones de seres humanos tenían que creer durante siglos en la infabilidad de la iglesia; del mismo modo, para que pudiera nacer y con-

servarse hasta 1917 el Preobrajensky Prikaz, cambiando de vez en cuando su letrero, millones de seres tenían que creer en la infabilidad del poder zarista; y del mismo modo que la inquisición se hizo finalmente incompatible con el progreso cultural, se hizo incompatible con él el poder secular, que usaba la inquisición policial como uno de los medios de gobierno.

Las arbitrariedades policiales fueron la causa de que los occidentales suelen hablar de los «crímenes del zarismo» como de una cosa admitida y aceptada por el mundo civilizado al igual de una definición científica. ¡Qué error más grande! ¡Qué ingenuidad! ¡Qué miopía! ¡Los crímenes del zarismo son crímenes nuestros, crímenes de la nación, de la raza, del alma rusa, que engendró a estos zares, que los crió con la leche de sus mujeres, que los educó, que los formó y que los rodeó de un ejército de pequeños «chingis kanes», que eran capaces, todos juntos y cada cual aparte, de hacer lo mismo que hacía el Zar, en su lugar y puesto!

Y cuando el zarismo se derrumbó ¿adónde quedaron sus crímenes, en comparación con los del pueblo ruso, que se liberó de golpe de cualquier freno o influencia moral, desencadenando en seguida la bestia que dormitaba en su corazón? Lenin no encontró medio alguno de asegurar su poder, salvo de restablecer la Ojrana, en la forma de la Chekã, y entregar la población de su imperio a la arbitrariedad de sus verdugos; y como en vez de un príncipe, superficialmente culto, Lenin ha puesto a la cabeza de su policía secreta a un Dzerjinsky semiculto, los resultados fueron los que hemos visto: rodeándose de asesinos y sadistas, Dzerjinsky mataba treinta y siete mil hombres al mes, donde los refinados oficiales de la gendarmería zarista no lograban arrestar doscientos y hacer ejecutar tal vez a uno.

* * *

La instrucción pública. Para comprender bien cuál podía ser la suerte de la instrucción pública bajo los bolcheviques, algunos datos son indispensables. De acuerdo con el censo de 1897, el porcentaje pro-

medio de los analfabetos fué entre la población campesina el 67 %, y entre la población urbana el 50 %. El mismo censo reveló que la población urbana formaba, como término medio, el 12 % de la población total.

Si nosotros aplicamos estos datos a los ciento cincuenta millones, que formaban la población de la Rusia soviética en 1918, la cantidad de los analfabetos tendría que ser de noventa y ocho millones. Pero hay ciertas consideraciones que me hacen reducir este número a setenta y cinco millones. La primera, es el desarrollo que la instrucción primaria tomó en los años que siguieron al del censo. La Gran Guerra por su parte dió un impulso a la instrucción, haciendo crecer las poblaciones urbanas e instruyendo doce millones de hombres, movilizados durante las hostilidades. De modo que mi optimismo me parece bien justificado y que el número definitivo de setenta y cinco millones de analfabetos puede ser tomado como bastante exacto.

Ahora ¿cuál fué bajo el zarismo el presupuesto de la instrucción pública? Empecemos por las escuelas primarias:

En 1900 el presupuesto de la instrucción primaria fué de cincuenta y un millones de rublos, pero el Fisco lo sostenía solamente en un 20 %: lo demás quedaba a cargo de las municipalidades, de los zemstvos, de los mir y de los privados. Estos diez millones de rublos, consagrados por el poder zarista a la instrucción primaria se convierten, ocho años más tarde, en veintiún millones, y luego en 1909 en veintiocho millones, con el respectivo aumento de las participaciones que correspondían a las organizaciones sociales y a los privados.

Lo mismo vemos nosotros en el presupuesto de la instrucción secundaria: el Fisco tomaba por su parte el 25 % de los gastos; el 30 % provenía del derecho de la matrícula, mientras que el 45 % restante lo daban las comunas, municipalidades y los privados.

En estas condiciones el presupuesto del Imperio presentaba, en lo que se refiere a la instrucción pública, solamente una parte de los gastos, necesitados por este párrafo. Dato importantísimo para el entendimiento de lo que va a seguir.

A los datos numéricos hay que añadir una información de carácter administrativo: los planteles de instrucción superior y secundaria dependían del Estado directamente, mientras que las escuelas primarias eran sometidas solamente al control del Ministerio de Instrucción Pública, relevando su conducción directa de las municipalidades, de los zemstvos, de las autoridades eclesiásticas, etc.; es decir, que el Estado no tenía medios para intervenir en la vida interior de dichas escuelas.

Y ahora resulta más que fácil adivinar lo que sucedió con la instrucción primaria, apenas los bolcheviques tomaron el poder en sus manos. De golpe las municipalidades, los zemstvos, las autoridades eclesiásticas y los tutores privados desaparecieron. Desde el punto de vista financiero esto equivalía a decir que, en vez del 20 %, el Estado tomaba sobre sus espaldas el 100 % de los gastos de la instrucción primaria; y desde el punto de vista administrativo, eso equivalía a la substitución de un sinnúmero de consejos directivos, directores, inspectores, tutores, etc., por comisarios o empleados soviéticos. ¿Tenían los bolcheviques medios para realizar una reforma financiera y administrativa de esta trascendencia? Claro que no, y fué así como la mayoría de las escuelas primarias se han cerrado por falta de recursos, por la imposibilidad de mantener los edificios escolares, asegurar la calefacción, pagar a los maestros, comprar libros, papel y cuanto se necesita para la enseñanza.

A estas dificultades de orden material y administrativo, hay que añadir las de la falta del personal docente. El hambre y las epidemias han hecho estragos tremendos en esta profesión, eminentemente intelectual, cuyos representantes no tenían aptitudes especiales para defenderse en la vida. La Cheká vino en ayuda de la muerte natural, matando en los cuatro primeros años a más de tres mil setecientos maestros de escuela y a cincuenta y un mil profesores y estudiantes de la instrucción superior y secundaria...

A pesar de eso, con publicar un decreto, que anunciaba la instrucción primaria obligatoria para todos, y la inauguración de métodos de enseñanza nuevos, Lenin y sus partidarios recogían

aplausos del mundo civilizado, y eso en el preciso momento en que los alumnos del camarada Lunacharsky aprendían a escribir con un palo sobre la nieve o sobre la arena esparcida en el piso de la escuela. No importa: el occidente lo creía todo, tan simpática era la idea, olvidando que para instruir a setenta y cinco millones de analfabetos, aplicando métodos nuevos, se necesitaban un millón quinientos mil maestros de escuela, a condición de hacer la enseñanza de una vez, a razón de cincuenta alumnos por cada maestro. Y ahora cada cual puede hacer su cálculo, aumentando el número de turnos: con dos turnos, el número de los maestros tendría que ser de setecientos cincuenta mil; con tres, de quinientos mil, y así en seguida. ¿De adónde los hubieran sacado los bolcheviques? El decreto no lo decía.

Añadiendo a todo eso las condiciones generales de la vida: el hambre, las dificultades de toda índole para encontrar cualquier cosa de primera necesidad, el frío, el luto, las persecuciones de la Cheká, etc., ¿cuál puede ser la verdadera progresión de la instrucción pública bajo los soviets? Una estadística bolchevista, publicada por los diarios de Leningrado en Febrero de 1928, nos proporciona indirectamente una contestación; ella fija en el 65% el porcentaje de los adolescentes analfabetos registrados en la Bolsa del Trabajo de la ex capital. En 1897, es decir, treinta años antes, la proporción de los analfabetos en Petrogrado era del 37% y aún menor entre la generación joven de entonces. Resulta que la instrucción pública se rebajó en más del 50%!

Esperemos que eso no sea la regla general en el imperio entero y que a pesar de la destrucción de la vida colegial y universitaria, el deseo de instruirse sea tan grande, tan inmenso en el pueblo ruso, que, contrariamente a lo que podía esperarse, el número de los analfabetos, en vez de crecer, disminuya cada día. Pero lo que podría tal vez ser realizado con la sola buena voluntad en la instrucción primaria, resulta imposible en la instrucción superior y secundaria, cuyo nivel baja cada año, a medida que desaparecen los cuadros de profesores antiguos, y que los fantásticos programas y métodos de enseñanza bol-

chevistas rebajan el nivel intelectual, que se mantenía tan alto en las escuelas rusas antes de la revolución.

• • •

La religión y la Iglesia.

El día en que desapareció el zarismo, la iglesia rusa volvió a ser para los creyentes lo que tenía que ser siempre: una reunión de fieles, sin otro objeto y fin que la elevación del espíritu hacia Dios. No importa si entre las filas del clero quedaban todavía algunos prelados indignos, sin vocación ni creencia; la iglesia se libró de su plaga principal: de la tutela policial del Estado, el cual, siendo en teoría su protector, fué en realidad su destructor, ya que mataba lo principal, el espíritu, el alma de la religión, conservando sólo la forma.

Un «sobor» (cónclave), compuesto de los representantes del clero y de los fieles, eligió a un patriarca, al Patriarca Tijón, volviendo así a la forma antigua de la autoridad espiritual, destruida por Pedro el Grande. La iglesia rusa se encaminaba por una senda que prometía la restauración de todo su prestigio moral y un futuro de gloria y de paz.

Fué en este momento cuando los bolcheviques, derribando al gobierno provisional, atacaron a la iglesia con toda su brutalidad de procedimientos, con todo su desdén por las opiniones y creencias que no eran suyos. «La religión es el opio del pueblo», dijo Lenin, y millones de carteles, pegados sobre las murallas de las ciudades y aldeas rusas, repitieron estas palabras, que quedaron como única definición doctrinaria, como única palabra de discusión y de convencimiento: todo lo que dijeron e hicieron los bolcheviques, por lo demás, no fueron sino injurias, insultos y actos de violencia.

La propaganda antirreligiosa, por la brutalidad e indecencia de su lenguaje, por las imágenes que la acompañaban, despertaba indignación hasta en los ateos, y cuando los bolcheviques llegaron a la confiscación de los objetos preciosos del culto y a la profanación de las reliquias, las protestas sordas

del pueblo se hicieron tan amenazadoras, que ellos se detuvieron.

El fracaso fué total; más que total, ya que el resultado obtenido fué de todo contrario a lo que Lenin y sus partidarios esperaban: los creyentes se afirmaron en su fe, los indiferentes se hicieron creyentes, los ateos simpatizaban con la iglesia; el prestigio de los clérigos alcanzó límites inusitados; las iglesias se llenaban de muchedumbre, y la solemnidad, el esplendor, la emoción religiosa de los servicios superaron con mucho el fasto frío de la iglesia oficial de antaño.

Con un poco de reflexión, los bolcheviques pudieron prever todos estos resultados. La persecución, además de crear mártires, liberó en seguida a la iglesia de muchos elementos viles y débiles; quedaron los creyentes, los apasionados de la verdad y del verbo divino. Ante su fuerza moral, que iba afirmándose cada día, las injurias y los insultos de la propaganda gubernativa dejaban una impresión de pobreza espiritual, de impotencia y de vacío. Los bolcheviques lo comprendieron por fin, comprendieron que sus métodos soplaban el fuego de la fe en vez de extinguirla; y la prensa soviética cambió de rumbo, o más exactamente de tono. Sin embargo, la contrapropaganda seguía su curso, pero una nota inaudita fué introducida en los diarios soviéticos: «muy mal hacen los comunistas jóvenes», explicaban los folletos, «que entran en las iglesias sin quitarse los sombreros y con cigarrillos en la boca; así no se combaten los prejuicios seculares; hay que adoptar otros métodos de lucha, dejando aparte la violencia».

«Otros métodos de lucha» consistieron en que los bolcheviques han ideado introducir en la iglesia un germen de discordia, que hubiese podido descomponerla. Con este fin, al morir el Patriarca Tijón, ellos, al igual de Pedro el Grande, no permitieron la elección de su sucesor, quitando así a la iglesia la unidad de la autoridad eclesiástica; además, provocaron la creación de una nueva iglesia, bajo el nombre de *iglesia viviente*. Unos prelados inescrupulosos fueron utilizados con el fin de dar a ésta una apariencia de vida y de acción. Lo que es la *nueva*

iglesia viviente queda todavía tenebroso y mal definido; teóricamente, es la iglesia que profesa la aceptación de las doctrinas bolchevistas y la glorificación de los dirigentes soviéticos; pero prácticamente su existencia resulta puramente ficticia, ya que los creyentes no se han dejado engañar por los nuevos apóstoles.

El plan maquiavélico fracasó desde el principio, a causa de la precipitación, demasiado grande, con la cual los bolcheviques se pusieron a realizarlo: se vieron obispos con botas y pantalones de montar «a la Gallifet»; se oyeron discursos y prédicas nada cristianas; se presenciaron hechos, propios de los agentes de la Chekâ, en el sentido de la denuncia, por ciertos sacerdotes, de sus obispos y metropolitanos; en una palabra, a través de su disfraz de corderito, el lobo mostró en seguida sus dientes y garras, y no pudo entonces engañar a nadie.

El fracaso de esta tentativa no impidió a los bolcheviques proclamar, en 1927, la reconciliación de los soviets con la iglesia. En realidad ninguna reconciliación tuvo lugar; las persecuciones de los prelados influyentes siguieron como siempre; la iglesia continuaba siendo una corporación sin derecho alguno; y la propaganda antirreligiosa no se debilitaba. El anuncio de la reconciliación no fué otra cosa que un acto de propaganda, necesario para calmar a la población campesina, la única que se toma en cuenta, ya que ella provee el pan de cada día a los dirigentes soviéticos.

Pero hay que rendir justicia a los dictadores rojos: las persecuciones engloban a todas las religiones sin excepción, y la suerte de los ortodoxos la participan los católicos, protestantes, mahometanos y judíos; el Corán y el Talmud no tienen mayor aceptación que el Evangelio y la Biblia.

• • •

La suerte corrida por el Mir, el Artel y la Cooperativa.

El fanatismo unilateral de los bolcheviques, se expresó con toda integridad en la destrucción de las instituciones de solidaridad social y de las corporaciones de trabajo y de socorro

mutuo, representadas en la colectividad rusa por el MIR, la ARTEL y la COOPERATIVA.

¡Mir! ¿Quién de los sociólogos extranjeros no se deja tentar por el deseo de penetrar en el verdadero sentido de esta palabra, un tanto misteriosa, y cuyo origen se pierde en la obscuridad de los siglos? Mas, a pesar de que la mayoría de los estudios sobre la Rusia mencionan al mir, las exposiciones claras y precisas de lo que esta noción representa son muy raras, casi no existen; tal vez porque la idea de un mir es, en su esencia misma, una contradicción del régimen autocrático, del estado de esclavitud y de ignorancia en que vivía el pueblo ruso, y de la manera en que su propio gobierno lo trataba y lo consideraba.

Mir quiere decir en ruso el mundo, el universo. En el sentido sociológico, la palabra se emplea para designar el conjunto, la reunión de todos los jefes de familia de una aldea. Cada familia forma en el campo una unidad que se llama «dwor», es decir casa de campaña. El reglamento interior, a que obedece cada «dwor», es el de una familia real: el jefe indiscutible, que rige todos los asuntos de la comunidad familiar, es el padre, y después de su muerte, el hijo primogénito. La mujer, la madre, no tiene voz alguna; el jefe de familia es un zar autócrata, que manda a todos sus parientes. A veces un hijo casado pide su separación de la familia paterna, y en este caso pasa a formar un «dwor» independiente, en el cual se instala a su vez como rey autócrata.

Ahora bien, la reunión de todos estos déspotas de una aldea forma el mir. La palabra es significativa: los vecinos, reunidos en asamblea, se consideran ser el «mundo»; para ellos el universo acaba tras las cercas de su aldea; se comprende entonces la importancia moral que los campesinos atribuyen a las deliberaciones del mir:

—El mir decidió así—dice un labriego con acento grave, cuando quiere hacer comprender, que la resolución no puede ser discutida, que no tiene apelación alguna.

Durante el último medio siglo, después de la liberación de

los siervos, el papel del mir, en la vida campesina, fué de gran importancia: el mir tenía prerrogativas de «self-government» que otras clases podían envidiarle. La palabra inglesa self-government conviene mejor para designar las prerrogativas del mir, que la expresión castellana «gobierno autónomo», ya que la palabra «autónomo» resulta ser de significado demasiado amplio y general. Los derechos del mir se extendían únicamente a las manifestaciones de la vida aldeana, pero dentro de estos límites eran universales; el mir decidía la repartición de los lotes, afectados a cada familia; los asuntos relativos a las tierras que quedaban en explotación común, como por ejemplo, los pastos, los bosques, las aguas de pesca, etc.; la repartición y la recaudación de los impuestos; el mantenimiento de la iglesia y de la escuela; la elección del alcalde (starosta) y de las autoridades públicas de la aldea y del cantón, incluso con la de los jueces cantonales, etc.; cualquier asunto relacionado con la vida aldeana, aún el de los caminos y de los puentes, era de su competencia; hasta el mir tenía el derecho de solicitar la clausura de las tabernas sobre el territorio de su comuna o pedir el destierro a Siberia de sus miembros, reconocidos como dañosos para la moral pública. ¡En una palabra el mir poseía derechos y prerrogativas que ninguna otra organización social podía pretender poseer bajo el zarismo.

A pesar de que cada jefe de familia, que alcanzaba la mayor edad, formaba parte del mir y poseía plenos derechos, la tradición quería que en la asamblea hablasen únicamente los ancianos; los jóvenes escuchaban respetuosamente lo que decían los hombres más experimentados que ellos, y luego votaban, uniéndose a la opinión que les parecía más justa. Tal fué la tradición y la teoría; sin embargo, a menudo los gritones no hacían caso ni a una ni a otra, ya que durante los mil años que existía el mir no se ha elaborado ninguna práctica de procedimiento, tal como, por ejemplo, la previa elección de un presidente, un cierto orden de debates, etc.; resulta que la asamblea era siempre algo anárquica y que a veces los gritones se imponían a los demás; no importa: a nadie venía la idea de

cambiar algo en una tradición secular; el mir hubiera perdido su color nacional, su autoridad moral, introduciendo usos parlamentarios en su institución arcaica y anárquica...

Desde el punto de vista sociológico es interesante comprobar la mezcla del comunismo puro—que se reflejaba en la *posesión común* de la tierra—con la concepción burguesa del *derecho de propiedad*, que se observaba en la aldea rusa bajo el régimen del mir. Nadie poseía la tierra como propiedad propia; ella se daba solamente en uso, se repartía entre los hombres que la trabajaban; y sin embargo, la aplicación de un principio eminentemente comunista en nada impedía al derecho de propiedad manifestarse en toda su integridad: la posesión de la tierra, que pertenecía a una aldea, era una posesión que los códigos legales definen como «sucesión indivisible». Aplicando esta forma de propiedad a la tierra en realidad «divisible», se resuelve todo el enigma de la comuna rusa. Los campesinos regían su propiedad común con el mismo espíritu burgués con que los herederos de un príncipe, que no hayan dividido la tierra paterna, pudiesen regir la suya.

Eso explica la razón por la cual los bolcheviques, en vez de hacer desarrollar una institución, que indiscutiblemente tenía en sí un germen de comunismo, la han ahogado bajo la autoridad de los soviets locales. Para ellos el mir, además de sus tendencias ultra burguesas, presentaba otro inconveniente, no menos grave: el mir cuidaba los intereses materiales del pueblo. Ya que cada aldea cuidaba, aún de modo anárquico, los intereses suyos, la suma total de los esfuerzos esparcidos tenía que repercutir sobre el bienestar de la población campesina entera; y como los bolcheviques cuidaban únicamente los intereses de su partido, que a través de su dominación coincidían pocas veces con los del pueblo, la acción del mir tenía que serles hostil, y como tal fué destruída.

La ARTEL es nada más que una cooperativa de producción o de trabajo. Su origen es también bastante antiguo. Gremios enteros de obreros nunca trabajaban de otro modo que formando arteles; por ejemplo, los gremios de la construcción: los

terraplenadores, los albañiles, los carpinteros, etc. Desde el punto de vista sociológico, las arteles no deben, en ningún caso, confundirse con los sindicatos obreros del occidente. Un sindicato defiende los intereses profesionales de su gremio frente a los patrones; es decir, defiende el trabajo frente al capital; su acción resulta consecuentemente unilateral, despótica y arbitraria, como fué a veces la de los patrones. Pero con el desarrollo de las legislaciones que protegen el trabajo, los sindicatos pierden cada día su razón de ser; y aún sin la ayuda de las leyes, por la simple difusión de ideas de justicia social, de ética capitalista y profesional, los sindicatos están llamados a desaparecer un día u otro. Al contrario, las arteles tendrán siempre un desarrollo más y más grande, ya que sea cual fuese el grado de progreso de las leyes sociales o de la cultura social, su existencia conviene a ambos bandos: a los trabajadores como a los patrones.

Efectivamente, la artel es una rústica sociedad por acciones que se funda con el doble fin de unir a los trabajadores, para procurarles condiciones más ventajosas de trabajo, y, al mismo tiempo, ofrecer a los patrones una amplia garantía de competencia y honradez profesional. Fundada sobre estos principios, la artel no puede sino convenir a todos. Para poner en claro su funcionamiento, vamos a tomar dos ejemplos: de una artel permanente y de una artel temporal.

Las arteles permanentes se fundaban en las grandes ciudades para proveer al comercio y a la industria de empleados que necesitan una garantía especial de honradez, como los cajeros, bodegueros, serenos, etc. Las arteles, organizadas con este fin, eran algo como una sociedad por acciones, en la cual cada accionista es al mismo tiempo obrero. Los socios se escogían con mucho cuidado y se aceptaban por voto de la asamblea general de la artel, previo depósito de una garantía efectiva, fijada por los estatutos. Todos los socios eran mutuamente responsables, cada uno por todos, y todos por cada uno, y eso es lo que hacía la fuerza de la artel. Los cajeros y los empleados responsables de los negocios rusos fueron, antes de la revolución, socios de las arteles sin excepción alguna.

Las comodidades que las arteles presentaban para el comercio son evidentes. Un director de Banco, que necesitaba un cajero, por ejemplo, no tenía otra molestia que la de hacer telefonar a una artel: «Mandadme un cajero». Un cuarto de hora después, el delegado de la artel, su «starosta» le presentaba un candidato; si aquél no gustaba al señor director, había otro; las condiciones de trabajo y de remuneración se debatían entre el director y el starosta de la artel, es decir, entre dos instituciones; y como las arteles de la «bolsa» —así se llamaban las que proveían los empleados responsables— eran instituciones fuertes, con grandes capitales, formados por los depósitos de garantía y cuota mensuales de sus socios, sus starostas tenían todo el prestigio y la autoridad necesaria para defender sus intereses. Ahora, supongamos que al día siguiente, el cajero se escapaba con cien mil rublos. El director del Banco no tenía nada más que hacer que llamar a su starosta y hacerlo comprobar el robo; la artel pagaba por su socio y mandaba otro a tomar su puesto.

Las arteles temporales se organizaban entre los obreros sólo por una temporada. Ese era el caso de los gremios de la construcción. Antes de que la nieve desaparezca y los efectos de la primavera hagan posible el principio de los trabajos, los starostas de arteles, muy variadas como especialidades e importancia numérica, aparecían en las ante-cámaras de las grandes empresas de construcción, de los arquitectos, ingenieros, etc., en busca de contratos de trabajo. Estos se hacían generalmente por la obra entera de terraplén o de albañilería o de carpintería; o por unidad de trabajo, tal como por méτρο cúbico de tierra removida o por mil ladrillos puestos.

Para un ingeniero ruso, encargado de una gran obra de ingeniería, la cuestión de la mano de obra no existía; él trataba con el starosta de una artel de terraplenadores, con el de albañiles, etc., es decir, con cuatro o cinco ancianos, e ignoraba cualquier discusión con los obreros; hay todavía más, estos starostas eran todos unos obreros muy experimentados, que tenían treinta, cuarenta, cincuenta años de práctica; es decir, que eran ayudantes preciosos de la dirección técnica, y que las

discusiones de índole profesional ocurrían entre gente que se entendía mutuamente, que conocía su oficio a fondo.

Como garantía de trabajo, baste decir que la artel misma se encontraba interesada en que sus trabajos se recibieran sin discusiones; entonces era la artel misma que vigilaba a sus socios, que tenía interés en que todos trabajasen con el mismo esfuerzo, con la misma honradez; los días feriados la artel vigilaba a sus miembros de carácter débil, para que no se emborrachasen, para que el lunes todos saliesen a trabajar sanos y bien dispuestos.

Es interesante notar que en noventa y nueve casos sobre cien los socios de las arteles eran campesinos, la organización salía enteramente del campo; los «artelstchiki» tenían sus raíces tan bien arraigadas en el pueblo que generalmente todos los componentes de una artel eran paisanos; esto les facilitaba la vigilancia mutua y daba una garantía más a sus patrones: un artelstchik que hacía un gesto poco delicado rompía de golpe todas sus relaciones en este mundo.

Ahora bien, ¿qué interés presentaba la artel para sus socios? Un interés inmenso. Supongamos que un obrero se incorporaba en una artel: tenía ya la ventaja de no perder un solo día en busca de trabajo; su starosta, que tenía relaciones en el mundo técnico, lo hacía por él; el día que el contrato estaba firmado, la artel se ponía en viaje desde su comarca directamente al lugar de los trabajos; a veces el starosta obtenía el transporte gratuito de su artel, y si no, el viaje se encontraba organizado con un minimum de gastos; llegando a su destinación, la artel encontraba una casa alquilada para su uso o un campamento organizado; el economato lo era también; las condiciones de trabajo eran siempre mejores que las que un obrero solitario pudiera conseguir; y cuando los primeros fríos paraban los trabajos y la artel volvía a casa y se disolvía, cada uno recibía de su starosta su parte, que había sido conservada por él como en una caja de ahorros.

Lo más asombroso es que el espíritu de organización que creaba las arteles se encuentra en flagrante contradicción con

el espíritu de la anarquía; al examinar las ventajas, la extrema flexibilidad, la facilidad con que las arteles se adaptaban a todas las condiciones de la vida del mercado, del trabajo por cumplir, uno se inclinaría a pensar que solamente una raza de las más metódicas y ordenadas ha podido idear una institución semejante.

Para un sociólogo hay además otro punto interesante en la artel: es la graduación profesional de sus socios; ésta se hace por los mismos obreros, y no hay ningún peligro de que un aprendiz se ponga en lugar de un oficial o un albañil de segunda mano se haga pasar por un maestro.

Todo conflicto entre el capital y el trabajo encontraba en la artel un mediador de tanta sabiduría y eficiencia, que los gremios que trabajaban en arteles desconocían las huelgas y otros medios violentos de lucha con el capital.

¿Podía convenir el régimen de las arteles a los bolcheviques? ¡Seguramente no! Ante todo, con ellas no había lugar para el odio de clases, y luego el espíritu burgués se hacía sentir en ellas con toda intensidad, sobre todo en las arteles de producción, que reunían a los artesanos de pequeñas industrias, y que a veces se desarrollaban en asociaciones bastante poderosas, para gozar de las mismas ventajas de compra de materias primas y de la venta de productos facturados de que gozaban las grandes empresas burguesas.

Todo eso, el poder soviético no lo podía mirar sino con malos ojos. Las arteles de «bolsa» han desaparecido las primeras, junto con la bolsa y el comercio libre, mientras que contra las arteles de producción, los bolcheviques han empezado a luchar con una energía que se hizo feroz, apenas ellas vencieron en la libre competencia a las industrias del Estado. La política impide todavía a los dirigentes soviéticos, declarar a las arteles de producción una guerra abierta; hay tanto de «social», en el sentido de socialismo en estas organizaciones, que los bolcheviques se habrían desacreditado demasiado ante las masas suprimiendo arteles; entonces la guerra contra ellas se hace sobre el terreno económico y policial, como hemos ya visto.

Las COOPERATIVAS fueron otra forma de asociaciones sociales que tampoco tuvieron éxito frente al bolchevismo. Las cooperativas rusas podían dividirse en dos categorías principales: las cooperativas de crédito mutuo y las de consumo. Las primeras fueron instituciones bancarias, las segundas, almacenes. Por el carácter mismo de sus actividades, unas y otras dependían mucho, como éxito, de la capacidad profesional de sus respectivos dirigentes. Así, entre las sociedades de crédito mutuo había muchas que llevaban una existencia obscura y modesta, pero había también algunas que han sabido colocarse en la categoría de establecimientos financieros del mayor prestigio en el país. Lo mismo sucedía con las cooperativas de consumo: empezando con las cooperativas más modestas, que servían para proveer de comestibles a los obreros de una fábrica o a los habitantes de una casa* y siguiendo hasta los grandes almacenes cooperativos abiertos para la población de la ciudad entera, las variantes eran muchas; todo dependía del talento del directorio respectivo; así, en Petrogrado, la casa de comercio más grande, especie de «Printemps» o de «Bon Marché» de París, de «Harrods» o de «Gath & Chaves» de Londres, pertenecía a la cooperativa de los oficiales de la Guardia Imperial. La cosa puede asombrar por ser muy inesperada; verdaderamente, es difícil suponer la existencia de talentos comerciales entre los brillantes derrochadores que formaban la guardia del zar; y sin embargo, el primer presidente de la cooperativa, general Bolotov, se reveló ser casi un genio comercial; en unos quince años, la modesta tienda que acreditó su prestigio por la modicidad de sus precios y la calidad de los productos que vendía, se transformó en la más potente casa de comercio, que ocupaba como una cuadra, en pleno centro de Petrogrado.

Claro que con el régimen bolchevista las cooperativas de esta índole desaparecieron; quedaron únicamente las modestas cooperativas de consumo, que muy rápidamente se transformaron

* En las grandes ciudades había casas que contenían 40, 50 y hasta 100 departamentos; sus poblaciones igualaban a veces las de una aldea.

en almacenes de distribución de los escasos víveres repartidos por los bolcheviques; y finalmente éstos también perdieron su razón de ser, con la proclamación de la nueva política económica.

Sobre la suerte que han corrido el MIR, la ARTEL y la COOPERATIVA hay que meditar, ya que, teóricamente, estas instituciones podían esperar de la revolución el más franco apoyo; una revolución, y además una revolución social, tenía que enorgullecerse de instituciones que bajo un régimen autocrático han sabido conservar tendencias igualitarias, una fe en la fuerza de la unión, una coordinación de esfuerzos; que han sabido eliminar de las transacciones comerciales al intermediario, como han sabido eliminar al patrón de las empresas industriales, y eso sin comprometer el éxito de sus negocios. Del mismo modo que el Mir fué el conservador de las tendencias republicanas, las arteles y las cooperativas, nacidas sin capital, con cuotas insignificantes de sus socios, eran conservadoras de un espíritu social que marcaba el primer escalón de las organizaciones sociales venideras, que hoy día pueden parecer utópicas; para existir y desarrollarse, las arteles, como las cooperativas, tenían que ser gobernadas por hombres que trabajaban en interés de toda una colectividad, en vez del interés propio.

Vencer el egoísmo humano, hacer trabajar a los hombres en el provecho de otros, sin retribución especial alguna, ni siquiera en la forma de laureles y gloria: todo el problema social se encuentra confinado en este ideal, que junto con otro factor indispensable, el progreso, no puede ser alcanzado, sino en una atmósfera de confianza mutua, de paz social y de abnegación individual; condiciones éstas del todo contrarias a los métodos de odio y de violencia.

María Monvel

2 poemas

Interior

SUMAN penas mis nostalgias,
hace frío, llueve, hay viento.
La vida plena en mi alma
y el corazón descontento.

Lograda, en puño nervioso,
la felicidad sostengo.
Mis hijos ríen en coro...
y el corazón descontento.

De toda la dicha grande
nada se fué entre mis dedos,
pero se escapó una brizna,
y el corazón descontento.

Por una brizna tan sólo,
por una brizna padezco,
y con juventud y amores
el corazón descontento.

Chisporrotea la llama,
la llama que es mi elemento.

Nunca ha quemado mi piel...,
y el corazón descontento.

Los dedos que mis mayores
hilo en la rueca tejieron
maltratan mi corazón,
¡mi corazón descontento!

Los dedos ociosos, y
como fragua el pensamiento.
¡Oh, rueca de mis mayores!
¡oh, corazón descontento!

Tejeré largo tus hilos
con mis aguzados dedos
y ataré mi corazón,
mi corazón descontento...

Balada a Don Juan

¡COMO evoco tu recuerdo, Don Juan
esta noche 1928!

Miro feas calvas, y recuerdo tus rizos y tus plumas,
veo tiesos smokings, y recuerdo tus trajes de terciopelo
y tus adorables mangas de encajes.

¡Oh, Don Juan, y pensar que no puedo volver a verte
porque al morir tuviste miedo

y te encerró el cielo en sus altas rejas inapelables!

¡Oh, Don Juan, tener miedo tú,

tú que hacías saltar la sangre con la punta de tu espada
como quien descorcha botellas de champán!

Tener miedo a un poco de fuego y de ceniza

y no tenerlo al hastío del cielo!

¡Cómo se conoce, Don Juan, que en vida no te aburríste nunca!

y cómo me parece ahora verte

de la mano de Doña Inés

—matrimonio que dura cuatro siglos—

en medio de muchos ángeles sentado.

En el hastío celestial, tus ojos habrán perdido el brillo

y tu mano firme se habrá puesto pálida y gorda.

¡Oh, Don Juan, tu cobardía de un minuto

nos privó de ti para siempre.

Ahora los hombres odian a Don Juan

y pasan cerca de las mujeres que también los odian

dejando apenas «su» recuerdo

como el rocío de un perro en una puerta.

Tú tenías las miradas centelleantes,
pero no tanto como las monedas de oro
que arrojabas con esplendidez.
Nunca te manchó las manos el trabajo
ni su preocupación la imaginación.
Había esclavos entonces, Don Juan,
para que tú fueras dichoso,
durmieras en el día,
y escalaras tejados por la noche
como romántico gato del mes de Agosto.
Elixir contra el hastío
poseías, Don Juan,
y lo disipabas con tu sombra
hasta dentro de los conventos.
Tu negra capa ensombrecía más la noche
y velaba el sol en el día
cuando te hacía falta.
Pero los hombres quisieron suprimir los esclavos
cuando había señores y esclavos,
y para ser todos señores
se convirtieron todos en esclavos.

Hoy pagan el champán temerosos
con billetes feos y opacos
como sus ojos cansados de oficinas.
Huyen de la mujer
que todavía no paga sus gastos.
¡Tan libre tú, Don Juan, en cambio
sin la maldición del trabajo!
Tu belleza y tu oro
seducían a las mujeres por igual,
que oro sin belleza no es bello
como tampoco es bella la belleza sin oro.

Valiente caballero
que creías en otra vida
y no temías por ello a la muerte.
¡Oh, cómo te evoco en esta noche de fiesta

entre tanto hombre de smoking
esclavo del día de mañana!...
Todos pobres, hasta los ricos,
y los pobres más pobres que nunca!
Y haberte marchado tú al cielo, Don Juan,
y haberte dejado la espada a la puerta,
y tu jubón de terciopelo y tu pluma adorable
para vestir túnica y alas
como un moscardón de mal gusto!
Y no poder salir ya nunca
de la celestial oficina
donde tienes que escuchar las conferencias de los ángeles
—ley seca como en Nueva York—
y quizás vestirse de smoking
para las ceremonias oficiales...
¡Oh, Don Juan, maravilloso Don Juan,
haberte perdido para siempre!

Oswaldo Vicuña Luco

Cartas acerca de Marcel Proust

Manantiales, 29 de Abril de 1928.

Señor Don Hernán Díaz Arrieta

MI estimado amigo, por fin me resuelvo a vencer mi fobia epistolar* para esbozarle mi opinión sobre algunos aspectos de la obra de Marcel Proust, que Ud. ha estudiado últimamente. Creo que falta a Proust la capacidad de abstracción, el rigor lógico para encadenar un raciocinio derivado de simples postulados intelectuales, de hipótesis sugeridas por la inteligencia. Flaquea en la ordenación de sus ideas, cuando éstas exigen un desarrollo continuado. Se repite y se embrolla a veces con deducciones intempestivas. Aunque todavía no he pasado de *La Prisonnière*, me apresuré a leer, al llegar aquí, la larga digresión que abre el tomo segundo de *Le Temps Retrouvé*. Me había dicho Ud. que encontraba ahí un verdadero tratado de estética; para M. P. era lo mejor de toda la obra. Después de tales recomendaciones, sufrí una ligera decepción. Se la comuniqué a L.: a cada paso conceptos admirables, pero mal asociados, como desprendidos unos de otros; incongruencias desconcertantes. El conjunto me dejó una impresión confusa. Esta impresión puede modificarse después de una segunda lectura.

* Más bien mi grafofobia. ¿Podríamos llamar así el horror a escribir?

Para escribir esta carta he tenido que recorrer algunos pasajes, y he encontrado en ellos esa precisión que la primera vez había echado menos. En todo caso, hay en ese prolongado soliloquio, si no un tratado de estética, un ensayo autocrítico muy clarividente, de un valor inestimable para el estudio de *A la recherche du temps perdu*.

De lo dicho al principio no se deduce necesariamente que Proust se desentienda de las ideas generales. Al contrario, llegar a conclusiones de carácter general dentro del campo que le es propio, la psicología, fué toda su aspiración y, una vez recorrido el círculo de su inmensa obra, podemos afirmar el logro de su propósito. «Je ne m'attache—escribía a Luis de Robert—qu'à ce qui me semble déceler (d'après un sens analogue à celui de pigeons voyageurs) quelques lois générales». Sólo que, en vez de seguir el método discursivo, aprovecha los datos que su experiencia ofrece a su intuición («d'après un sens analogue à celui de pigeons voyageurs») para inducir algunas leyes psicológicas de alcance general. Estas leyes se le manifiestan con insistencia en multitud de casos particulares y, aunque ya nos fueran conocidas, adquieren a nuestros ojos el valor de un descubrimiento, cuando se nos presentan como el fruto de la existencia personal del artista. Proust llega a tocar así el problema fundamental de la filosofía, el problema del conocimiento, la eterna oposición entre el sujeto y el objeto, el *yo* y el *no yo* de los filósofos alemanes. Vuelva a leer el tomo segundo de *Le Temps Retrouvé*, desde la pág. 72 hasta la pág. 75, y verá cómo toda la obra, con rara persistencia, se halla inspirada en un concepto relativista de la realidad, cómo todo en ella va a converger al idealismo absoluto, que no es aquí una idea *a priori*, sino al contrario, la cristalización de la experiencia de cada instante: «Je m'étais rendu compte que seule la perception grossière et erronée place tout dans l'objet, quand tout est dans l'esprit» (pág. 72).

Cierto es que a Proust no le preocuparon nunca las cuestiones religiosas, políticas o sociales. Si se interesó alguna vez en una lucha política, fué movido por un impulso de su sensi-

bilidad, no por una doctrina: defensa de un inocente sacrificado a los prejuicios de raza y de casta y al fanatismo patriotero, en el asunto Dreyfus; defensa del arte y de la tradición en su campaña a favor de las «iglesias asesinadas»; sentimiento patrióticos y humanitarios, en sus ansiedades de la gran guerra. Su mundo es el mundo de la conciencia, con su fondo subterráneo; la expresión de su inteligencia; la introspección, el análisis, la interpretación de los datos que le aportan los sentidos; Proust tenía plena conciencia de la misión que la vida, al fijar su temperamento, le había asignado; más aún, creía que ésta era la verdadera misión de la literatura:

«Nous n'avons nullement besoin de parler politique—dice en su carta al crítico alemán Curtius.—La littérature est notre part et c'est une très féconde. Renan a dit quelque part que nous souffrons morbo litteraria. C'est absurde. *La mauvaise littérature rapetisse. Mais la vraie fait connaître la part encor inconnue de l'âme*. Y en *Le Temps Retrouvé*: «Le livre intérieure de ces signes inconnus (de signes en relief, semblait-il, que mon attention explorant mon inconscient allait chercher, heurtait, confournait comme un plongeur qui sonde) pour la lecture, personne ne pouvait m'aider d'aucune règle, cette lecture consistant en un acte de création où nul ne peut nous suppléer, ni même collaborer avec nous». (Pág. 25, Tomo II). «Ce livre, le plus pénible de tous à déchiffrer, est aussi le seul que nous ait dicté la réalité, le seul dont «l'impression» ait été faite en nous par la réalité même. De quelque idée laissée en nous par la vie qu'il s'agisse, sa figure matérielle, trace de l'impression qu'elle nous a faite, est encore le gage de sa vérité nécessaire. Les idées formées par l'intelligence pure n'ont qu'une vérité logique, une vérité possible, leur élection est arbitraire. Le livre aux caractères figurés, non tracés par nous, est notre seul livre. Non que les idées que nous formont ne puissent être justes logiquement, mais nous ne savons pas si elles sont vraies. Seule l'impression, si chétive qu'en semble la matière, si invraisemblable la trace, est une critérium de vérité et à cause de cela mérite seule d'être appréhendée par l'esprit car elle est seule capable, s'il sait en dégager cette vérité, de l'amener a une plus grande perfection et de lui donner une pure joie. *L'impression est pour l'écrivain ce qu'est l'experimentation pour le savant avec cette différence que chez le savant, le travail de l'intelligence précède et chez l'écrivain vient après. Ce que nous n'avons pas en à déchiffrer, à éclaircir par notre effort personnel, ce qui était clair avant nous, n'est pas a nous. Ne vient de nous-même que ce que nous tirons de l'obscurité qui est en nous et que ne connaissent pas les autres*». (Ibid. págs. 25-27).

En fin, para qué voy a seguir copiando; creo que le conven-
dría releer la introducción del segundo tomo de *Le Temps Re-
trouvé*, que trata ampliamente este punto desde la página 20
hasta la página 30, más o menos. Lo que a mí me interesa
dejar en claro es que Proust no es un simple miniaturista, un
coleccionador de hechos pequeños, cuyo alcance concluye en
ellos mismos. No; esos hechos pequeños son para Proust, como
para Freud, signos reveladores de una vida, de un carácter, de
una modalidad, de una situación, de algunos aspectos perma-
nentes y universales del alma humana. A propósito de Freud,
conviene hacer constar que Proust coincidió con él, no sufrió
su influencia. Uno de sus familiares, Jacques Rivière, testigo
irrecusable por su probidad, afirma categóricamente que el autor
de *Sodome et Gomorrhe* no conoció la obra del psiquiatra
vienés.

Muy buenos sus últimos artículos de *La Nación*, sobre todo
el que trata del humorismo. Muy exacta la asimilación del pro-
cedimiento proustiano al *ralentisseur* cinematográfico, y la ex-
plicación de la risa que nos suscitan algunas páginas de Proust
por las leyes del contraste inesperado y del automatismo psíquico,
enunciadas por Bergson.

Me voy a permitir señalarle algunas diferencias de apreciación.
Creo que en la poesía Proust es tan personal como en el hu-
morismo. Recuerde algunos trozos: el beso maternal, los cam-
panarios de Martinville, los árboles, que le alargan sus brazos
para que descubra su secreto, la sonata de Vinteuil, la voz
de la abuela a través del teléfono, el sueño de Albertina; y
dígame qué reminiscencias encuentra en ellos. No creo, tampoco,
que la ironía de Proust sea más universal que la de otros auto-
res; creo sólo que se aplica a distintos objetos: las manías ino-
centes de algunos seres, las anomalías sexuales, las jerarquías
sociales y los hábitos mundanos. Mayor amplitud y mayor tras-
cendencia tiene, por ejemplo, la de Anatole France, que en «La
Isla de los Pingüinos» construye una epopeya burlesca con la
historia de la humanidad y explica, a su modo, la formación de
los grandes mitos en que descansa la sociedad. Proust no es

un satírico, su risa no tiene una intención de censura para los vicios, las ridiculeces y los defectos que descubre. Ellos podrán despertar en el lector movimientos de antipatía o repulsión; el autor no abandona nunca su actitud de observador desinteresado. Creo que quienes niegan a Proust su condición de humorista, identifican el humorismo con la sátira. Cedámosle la palabra:

«Les êtres les plus bêtes par leurs gestes, leurs propos, leurs sentiments involontairement exprimés, manifestent *des lois* qu'il ne perçoivent pas, mais que l'artiste surprend en eux. À cause de ce genre d'observations, le vulgaire croit l'écrivain méchant, et il le croit à tort, car dans un ridicule l'artiste voit *une belle généralité*, il ne l'impute pas plus à grief à la personne observée, que le chirurgien ne la mésestimerait d'être affectée d'un trouble assez fréquent de la circulation; aussi se moque-t-il moins que personne de ridicules». (*Le Temps Retrouvé*, pág. 56).

En realidad Proust no se mofa: observa y se divierte; recoge un tic, un gesto significativo, y lo interpreta. Pero que se divierte y nos divierte, no cabe duda. La amplificación de los rasgos ridículos en las pinturas; el tono enfático aplicado a temas ligeros; la aproximación de cosas distantes y heterogéneas, que contrastan violentamente en las comparaciones, todo aquello que provoca la risa en el lector, la denuncia también en el autor. No es menester mucho *sense of humour* para percibirla.

Bien expuesto y analizado el amor de Swann. Creo que para completar el estudio del amor en *A la recherche du temps perdu* habría valido la pena hablar de los sentimientos del protagonista por Albertina, que tienen una característica que no está comprendida en el anterior. Mientras la desconfianza es causa de que Swann deje de amar a Odette, en cambio sólo en los celos está fundado el amor de Marcelo por Albertina, hasta el punto de que cuando adquiere confianza el amor se eclipsa, para volver a surgir atraído por un nuevo motivo de recelo. Aquí los celos son lo positivo; el amor depende de ellos, es sólo la sombra que ellos proyectan.

• • •

Manantiales, 2 de Mayo de 1928.

Mi querido amigo, mucho me honra al proponerme colaborar con Ud. en un libro sobre Proust, pero, francamente, la empresa me intimida. He leído *A la recherche du temp perdu* al través de varios años, con intervalos a veces largos, y aún no acabo con ella. Necesitaria leerla de nuevo, esta vez sin interrupción, para seguir el desarrollo continuo de los distintos motivos que ella ofrece a la atención de la crítica, y recoger, al mismo tiempo, una impresión de conjunto. Entretanto, lo único que deseo es despedirme de Proust hasta nueva orden. Quiero internarme en otros grandes novelistas que nos han dado, como él, una visión panorámica o introspectiva de la vida—Balzac, Stendhal, Dostoiewski, Tolstoi, Dickens, Galdós, Meredith—para tener mayores puntos de referencia y de comparación. Querría también aquilatar mejor las observaciones de Proust, con mi experiencia personal, cosa que no he cesado de hacer desde que lo conozco, dentro de la reducida órbita en que me muevo. Después volvería a él, enriquecido con la cosecha que hubiera recogido en esos campos. Como Ud. ve un programa muy largo y muy ambicioso, para una obra seguramente superior a mis escasas fuerzas, y que, por eso mismo, tal vez no escriba nunca*. Pero, mientras tanto, me habré alimentado con la idea, que, por algún tiempo me servirá de estímulo y de orientación en mi vida, en mis lecturas y en mis meditaciones.

Creo que la diferencia esencial entre la ironía de France y la de Proust está en que el primero atiende sobre todo, a la vida colectiva del hombre—creencias, acción política y social, lo que forma la Historia, con su tramoya mezquina—y el segundo a la vida individual: las manías pueriles (la tía Leonie); las particularidades de un oficio (Francisca); las ambiciones frí-

* Y también porque, a la vuelta, puedo haber perdido el interés inicial.

volas (el snobismo intelectual o mundano, la señora Verdurin y el señor Legrandin); la actividad sexual (Charlus).

Su idea de asimilar la psicología de Proust a la de una señora genial me parece de una verdad aproximada y bastante original, pues no la he visto hasta ahora expresada por nadie. Así, la detención de Proust en las menudas peculiaridades exteriores de las gentes, su fina percepción de los más fugaces e indiscernibles matices de expresión, son, sin duda, rasgos femeninos. Sólo que la mujer, al atender a estas cosas, no lleva el pensamiento de individualizar un tipo, de desentrañar un carácter o de establecer alguna ley psicológica. Hablo de la mujer común, no de la mujer culta, que a lo mejor ha leído a Proust y al Dr. Freud y se sirve de sus métodos de interpretación para llegar a conclusiones harto arriesgadas. Proust es más prudente y, por lo general, se conforma con aventurar media docena de hipótesis paralelas o convergentes, como los rayos de una rueda, introducidas por otros tantos *soit qui*. ¿Una señora? Bien, pero una señora genial, una señora que hacía falta en la literatura y nos ha hecho avanzar en el conocimiento del alma.

Al considerar a Proust en relación con las ideas generales, debemos, ante todo, tener en cuenta que no nos encontramos frente a un filósofo, sino frente a un novelista, un memorialista, un psicólogo. Las ideas generales a que Ud. se refiere, de orden moral o científico, proceden de la razón pura, de la erudición o de la experimentación sistemática, provocada ex-profeso para fines determinados. Proust sólo confía en sus impresiones, en «lo único que procede de nosotros mismos, en lo que arrancamos de nuestra obscuridad y que los demás no conocen», en una palabra, en el sedimento que ha depositado al azar, en la memoria latente o presente, la vida vivida. Lo otro es bien mostrenco patrimonio de todos. En este impresionismo reside la hondura y la originalidad de la obra proustiana, y también su limitación cuando la consideramos como una nueva «Comedia Humana». Si la novela es un espejo que se pasea por la vida, como quería Stendhal, el espejo de Proust es un espejo cóncavo e inmóvil, que deforma la imagen y sólo enfoca el trozo de rea-

lidad que tiene delante, con sus planos sucesivos prolongados en el tiempo. Se concreta a reflejar su mundo interior y el ambiente en que vivió, su familia y los salones aristocráticos y burgueses. El amor que infunde en sus personajes es el único amor que él conoció, el amor contrariado y receloso, el amor del ser débil e hiperestésico que él mismo fué.

Su interés por el estudio de ciertas anomalías, le lleva a agrupar tal número de seres afectados por ellas, en un espacio reducido, que al fin lo anormal cobra un carácter de normalidad, efecto paradójico, sin duda alguna.

Dr. Carlos Keller R.

Director del Instituto de Filosofía
y Ciencias Sociales

Causalidad y Finalidad

SEGUN la opinión de la Edad Media, el universo consiste en la tierra, sobre la cual se extiende la cúpula celeste del cielo. Más allá de éste reside, en un mundo diferente del nuestro, el Ser Supremo, o sea, Dios. La naturaleza, a pesar de ser una creación de Dios, no le obedecía en la debida forma y trataba de perturbar el espíritu del hombre. Dios, descontento con la rebeldía del hombre, lo castigó entonces, enviándole guerras, hambres y pestilencias. Y para calmar la furia divina, se sacrificaron los herejes y las brujas.

Vino, en ese estado del pensamiento humano occidental, Giordano Bruno, y destruyó aquel concepto del universo, estableciendo la idea del espacio ilimitado e infinito, dentro del cual no se concibe el domicilio de Dios. Por consiguiente, sus contemporáneos condenaron a muerte a aquel innovador rebelde.

Pero la doctrina de Giordano Bruno fué más que una nueva teoría personal: fué el exponente de ideas divulgadas entre muchas personalidades de aquel tiempo. Los místicos, aceptando el nuevo fundamento cósmico, buscaron un nuevo domicilio a Dios en el universo, y lo encontraron, identificando a ambos. Dios y naturaleza son, para ellos, una misma cosa. Dios penetra todas las cosas.

Los astrónomos, a su vez, comenzaron a observar el cielo y establecieron las leyes que rigen el movimiento de los astros.

Si hasta entonces se había antropomorfizado a las estrellas, ellos mecanizaron los fenómenos celestes y los explicaron como fenómenos físicos, regidos por la ley de la causa y efecto.

Esta mecanización se produjo en seguida en las demás ciencias, con la sola excepción de aquellas que se refieren al espíritu humano y a la naturaleza orgánica, hasta que a fines del siglo XVIII y principios del pasado, la mecanización, como principio fundamental de la naturaleza, invadió también el radio comprendido por la naturaleza orgánica.

Fué Darwin quien vino a revolucionar las ciencias naturales, aplicando a ellas un criterio muy diferente del que se había adoptado hasta entonces.

Su célebre teoría está basada en dos principios fundamentales: en primer lugar, supone la existencia de una materia orgánica básica, el protoplasma, dotada de la cualidad de crecer y de producir constantemente nuevas formas. En segundo lugar, cree haber podido observar en la naturaleza una adaptación de las especies a las condiciones del ambiente, producida por la selección de los más aptos, consecuencia de la lucha por la existencia, que eliminaría a los individuos menos capacitados.

Si se estudia el origen de este segundo principio de Darwin, se verá que proviene de la doctrina liberalista, divulgada desde Adam Smith en las ciencias económicas. En realidad, según la doctrina liberalista, la selección de los individuos, dentro de la sociedad, se efectúa precisamente debido a la lucha de competencia, la cual impide el surgimiento de los menos capacitados, obligando a cada cual a desarrollar todas sus energías, para poder mantenerse dentro de la sociedad.

Tenemos, entonces, según la teoría darwiniana, una materia orgánica que crece ciegamente, sin finalidad alguna, y una selección que se produce mecánicamente, debido a la lucha por la existencia, fuerza igualmente ciega y sin inteligencia alguna.

Spencer, en sociología, y Haeckel, en las ciencias naturales, fueron los más caracterizados discípulos de Darwin.

Pero simultáneamente con el advenimiento de la doctrina dar-

winiana, se había desarrollado otro concepto del universo, diametralmente opuesto a aquel.

En su poema «Contemplando el cráneo de Schiller», expresa Goethe la siguiente idea: «¿Qué más puede obtener el hombre en esta vida, sino que se le manifieste Dios-naturaleza? ¡Cómo transforma lo sólido en espíritu! ¡Cómo conserva sólidamente el producto espiritual!» *

Frente a la mecanización de Darwin se manifiesta aquí la idea de una unidad que formarían el espíritu y la materia, de una recíproca influencia entre ambas.

Posteriormente, Johannes Mueller, inspirado en Goethe, estableció las bases de la biología. Partiendo de la teoría de Kant, que había descubierto una organización en el alma humana, Mueller afirma que nuestros sentidos sólo nos proporcionan indicios de la realidad que existe fuera de nosotros. El hombre dispone, según su opinión, de una fantasía creadora, órgano que crea los valores espirituales y todos los conceptos que nos formamos del universo. Este órgano, denominado «fantasticón» por Mueller, es el verdadero creador de la imagen que nos formamos de la realidad.

Aparentemente, la sensación producida por los estímulos externos proviene de la cualidad de los objetos de que emanan. El ojo entra en función cuando penetran en él las ondas etéreas, el oído, debido a las ondas del aire, el olfato, por penetrar pequeñas partículas de los cuerpos, etc. Según Mueller, esta teoría es equivocada, pues el mismo efecto se puede producir también sin aquellos incentivos externos. Así por ejemplo, se producen sonidos y visiones de los objetos en individuos que no disponen de los órganos receptores de los estímulos, y la emoción de los colores se puede producir también por mera presión sobre el ojo, sin que penetren en él ondas etéreas. La sensación no depende, pues, de la cualidad de los incentivos, sino que de la cualidad de los sentidos. Y así vino a formular

* Véase Uexkuell, Die Stellung der Naturforscher zu Goethes Gott-Natur «Die Tat», Jena, 1924, p. 492.

Mueller la «ley de la cualidad específica de los sentidos»: en el individuo existe una fuerza milagrosa, su fantasía creadora, que crea las imágenes de la realidad, independiente de los estímulos que provengan de afuera y que viene a ser el verdadero principio fundamental de todo el universo. En su obra «Fenómenos históricos fantásticos», Mueller nos da cuenta de sus investigaciones.

En seguida se dedicó a la fisiología, la anatomía comparada y la investigación de las especies orgánicas, creyendo poder establecer en todas ellas la existencia de una fuerza vital creadora y organizadora, verdadero centro de los seres y dotada de inteligencia. El universo estaría caracterizado, pues, por la existencia de una finalidad que le imprime la unidad de todos los fenómenos.

El organismo de nuestra alma, que no es corpóreo ni consiste de colores o sonidos, ni tiene extensión alguna, reúne orgánicamente, en círculos sensorios, las sensaciones producidas por nuestros sentidos. Este organismo netamente espiritual está conectado perfectamente con nuestro organismo corporal. A cada círculo sensorio del alma corresponde un órgano sensorio corporal. Y como la función de los órganos corporales consiste en transmitir al sistema nervioso ciertos estímulos determinados (excluyendo a los demás), a cada círculo sensorio del alma corresponde una manera de ser de la realidad. Existe, pues, un perfecto paralelismo psico-físico y además, la causalidad y finalidad están entrelazadas de tal manera que su separación parece imposible.

Después de Mueller, Karl Ernest von Baer profundizó estos conceptos. Baer se dedicó a la biología y creyó poder establecer lo que él llamó «Zielstrebigkeit» (finalidad) de los organismos.

Baer es contrario a Darwin y niega que se pueda explicar la formación de los organismos por medio de principios mecánicos. Cree él que en los organismos se manifiesta una fuerza vital inteligente, aunque sea en forma inconsciente, que explicaría la formación del conjunto armónico que es cada uno de ellos.

Él compara esta fuerza con una melodía. En la composición musical sin duda existe una unidad y cada sonido ocupa el lugar que le corresponda, sin que se pueda decir que sea el efecto del sonido anterior y la causa del siguiente. Un principio análogo existiría en los organismos y nos explicaría el conjunto que forman.

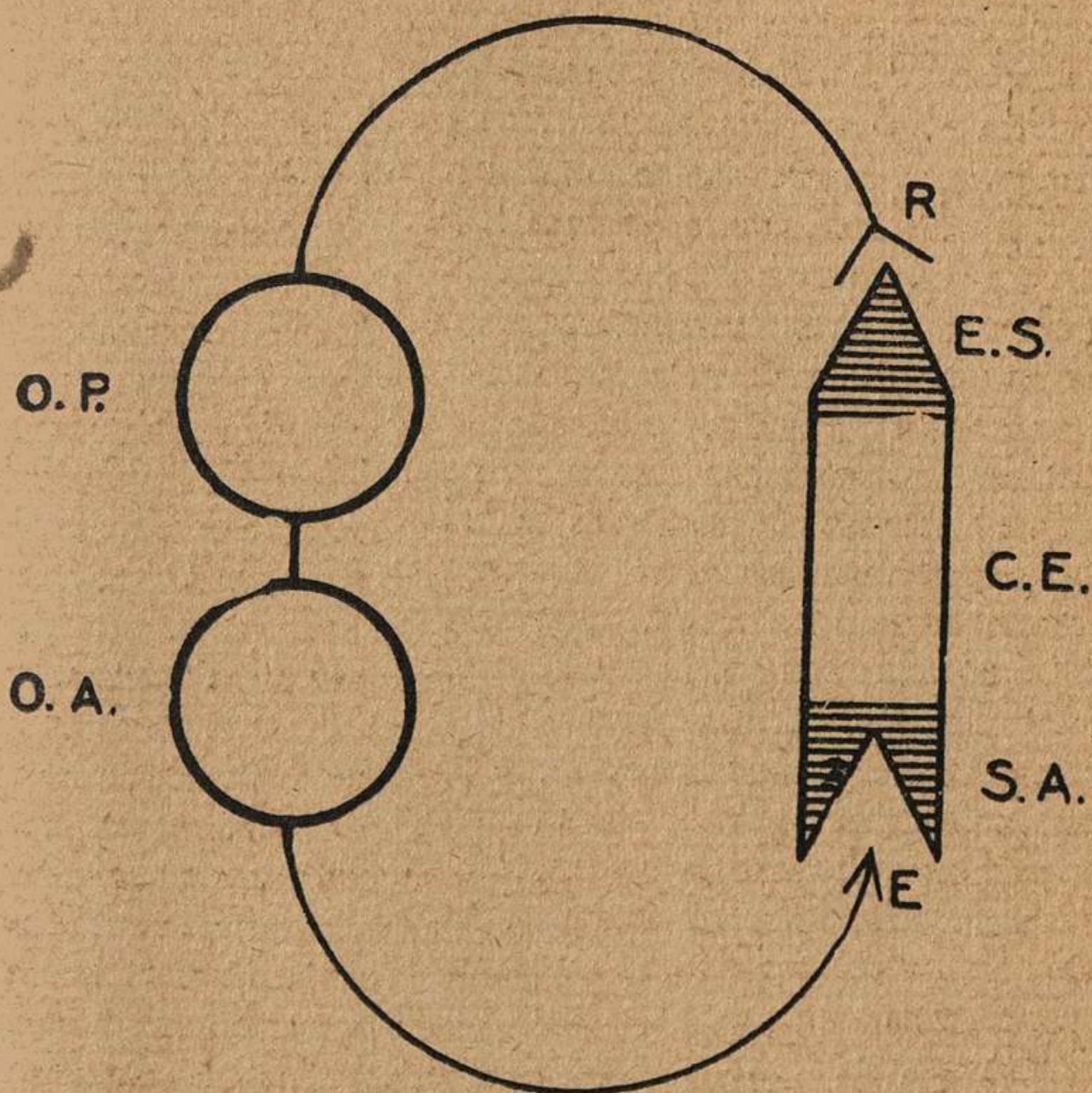
Más tarde, un fraile austriaco, Gregor Mendel, hizo un nuevo descubrimiento fundamental: estableció que en el germen de la arveja existía ya la estructura de la futura planta, de manera que ésta no puede considerarse como el efecto de causas anteriores, sino que se desarrolla conforme a un plan preestablecido. Los organismos no se desarrollarían de acuerdo con causas mecánicas, sino conforme a una finalidad, a un plan.

Sin lugar a duda, la controversia suscitada sólo podía aclararse experimentalmente.

Fué Driesch quien solucionó el problema. La solución que encontró fué la siguiente: dividiendo en dos partes un germen o embrión, tenía que perecer, según la doctrina darwiniana, pues en cada célula actuarían causas mecánicas independientes de las que se manifiestan en las demás células, mientras que según sus contradictores existía en el germen o embrión un centro vital, de acuerdo con cuyo plan se desarrollaría todo el organismo en conjunto y pudiendo, por consiguiente, ser transformada una célula, que debía producir un órgano determinado, en un órgano diferente.

Dividido el embrión de un erizo, se desarrollaron dos erizos completos, de los cuales cada uno era de la mitad del tamaño natural. No se había dividido, en consecuencia, una estructura mecánica; sino que cada mitad conservó su integridad.

En cuanto a la adaptación de las especies en el ambiente, la observación de las relaciones entre el organismo y el universo puede sintetizarse, según Uexkuell, de la siguiente manera:



OP órgano receptor
OA órgano actor
R receptor

ES Elementos significativos
CE Contraestructura
SA Superficie de actuación
E Efecto

«En el mundo de la percepción, los receptores (R) u órganos de los sentidos del sujeto, aprehenden los estímulos que emanan de los elementos significativos (ES) del objeto y los convierten en excitación nerviosa, la cual, por los nervios centrípetos, llega hasta los órganos de la percepción (OP), situados en el sistema nervioso central. De los órganos de la percepción parten conductos nerviosos, casi siempre breves, que van a los órganos de la actuación (OA), situados también en el sistema nervioso central. De éstos parten otros conductores

centrífugos que llevan la excitación a los efectores (E) del animal, los cuales ejecutan la actuación sobre el objeto. Pero esta actuación no recae sobre el objeto en su totalidad, sino solamente sobre determinadas partes del mismo, que podemos llamar superficie de actuación (SA). Entre las superficies de actuación y los elementos significativos del objeto se extiende todo el resto de la estructura del objeto, que puede ser mucho más complicada que la estructura del sujeto. Para éste, todo ese resto de la estructura del objeto es desconocido y se reduce a un simple nexo o anillo entre los elementos significativos y las superficies de actuación. Yo lo llamo contraestructura (CE). (Uexkuell, *Biología de la ostra jacobea*, *Revista de Occidente*, tomo III, p. 301.)

Así, la imagen del universo se reduce, para los organismos, a aquella parte que llegan a percibir por medio de sus órganos receptores. El entrelazamiento entre el sujeto y el ambiente es perfecto: cada efector y cada receptor están organizados para un medio dado y no se concibe la necesidad de una adaptación especial. Cada organismo vive en un universo diferente del que llegan a conocer los demás. Cada organismo tiene su espacio y su tiempo propio y diferente del que conoce el hombre. Para poder hablar de un perfeccionamiento de las especies, sería preciso suponer la existencia de un solo ambiente, que sería el que conoce el hombre. Pero si concedemos igual legitimidad al ambiente-universo de cada organismo, veremos que no se puede hablar de una posibilidad de perfeccionamiento.

Como ilustración de estas teorías citaré el ejemplo de dos animales, cuya existencia está entrelazada de tal manera que permite estudiar claramente los problemas de que se trata.

Existe un coleóptero que coloca numerosos huevos sobre la cáscara de la arveja. Pronto nacen pequeñas larvas, dotadas de una cabeza con mandíbulas que le permiten atravesar la cáscara y penetrar en las arvejas. En cada arveja encuentran cabida cinco a diez larvas. Aquella larva que se encuentra en el centro de la arveja, crece con mayor rapidez que las demás. Cuando las demás larvas observan que se les aproxima su hermana

mayor, dejan de comer y perecen, sin que se produzca una lucha entre ellas.

La larva sobreviviente crece a medida que se desarrolla la arveja. Antes que ésta se endurezca, perfora un canal hasta cerca de la superficie, para que el coleóptero que se desarrollará más tarde, después de la metamorfosis, en la misma arveja, pueda escapar por él.

Existe, ahora, un enemigo de la larva, el cálcido, perteneciente a la familia de las avispas. Debido a un órgano especial, sumamente sensible, llega a conocer la situación de la larva dentro de la arveja, sin que ésta se pueda conocer de afuera. Está dotado además el cálcido de un órgano especial para poder colocar sus huevos: de un oviscapto ingeniosamente construido que le permite atravesar el canal construido por la larva y colocar sus huevos en ella. De este huevo se desarrolla una nueva larva que devora a la larva del coleóptero y cuya metamorfosis se produce en la misma arveja, escapando la avispa por el canal que construyó la primera larva.

Tenemos que ver aquí, pues, con dos círculos funcionales completos. Todos los órganos de ambos animales están contruidos especialmente para los fines indicados, pues no tienen otro objeto que posibilitarles la vida en la forma que brevemente analicé.

¿Cómo explicar ahora por medio de la adaptación la formación de estos órganos? ¿Cómo explicar por medio de ella el desarrollo de aquel órgano desconocido a nosotros, que permite al cálcido poder establecer la situación de la larva en el interior de la arveja?

¿Y cómo explicar, basándose en causas mecánicas, la previsión de la larva, al construir un canal, para que más tarde pueda escapar el insecto desarrollado, o sea, que ella misma jamás empleará?

¿Y por qué no se produce la lucha por la existencia, cuando el alimento de la arveja no les posibilita la vida a todas las larvas que contiene?

¿Nos manifiesta el ejemplo a que me refiero, la acción de

causas mecánicas en la naturaleza, o es ella la manifestación de una finalidad, de un plan armónico, de una melodía?

Y tómesese en cuenta, ahora, en qué grado se complica la explicación de estos fenómenos, en el momento en que, en vez de animales, sin voluntad propia, entra a actuar en el universo el hombre, dotado de una conciencia de sus actos, y dispuesto a realizar las ideas que guían su voluntad.

En los animales, los instintos reaccionan en forma rígida ante los estímulos que vienen de afuera. En el hombre, tenemos que ver con un alma dotada de cualidades plásticas y que puede reaccionar en las más distintas formas ante los mismos incentivos de afuera.

La vida ¿es el juego de fuerzas ciegas, de causas mecánicas o nos manifiesta la existencia de una finalidad, la cual viene a imprimir la infinita melodía de las esferas a cuanto ser se mueve?

Hombres, ideas y libros

Visita a la Escuela de las Rocas

París, Diciembre 1927.

SE halla esta Escuela a dos horas de París, en medio de las verdes colinas de la Normandía. ¡Qué cómodo es el tren con calefacción en los coches de toda categoría, y qué suave! Se puede leer como en una sala de lectura, sin que el libro le vaya saltando a uno por delante cual ocurre en Chile. El pueblo más inmediato a ella es Verneuil-sur-Avre, pequeña población antigua y pobre, centro, sin embargo, de un distrito agrícola importante. Hace pensar en nuestro San Carlos, en nuestro Bulnes o en ciudades de menor importancia aún, salvo que sus calles son más estrechas e irregulares que las de las nuestras, y salvo también que cuenta con monumentos antiguos que son una especie de ejecutoria de nobleza, como la Iglesia de Santa Magdalena, que exhibe una esbelta torre gótica del siglo XV, y la Torre Gris, enorme fortaleza de forma cilíndrica del siglo XI.

Las calles están pavimentadas con adoquines enormes y dispares. La población es de campesinos y de modestos comerciantes, gente toda que siente muy de cerca el olor del pasto y del ganado. Ese día había en el pueblo feria de caballos y de terneros. Uno cae en la ingenuidad de admirarse de un cuadro semejante tan cerca de París. Al oír hablar a los hombres se experimenta una sorpresa análoga a la que tendríamos si

oyéramos expresarse en francés a un grupo de huasos tostados y rosadotes bajados a la Feria de Chillán.

En la estación vimos un llamativo afiche recomendando el salitre de Chile. Estaba muy en su lugar.

El camino para ir a la Escuela es espléndido. En auto es cosa de un momento.

Como se sabe, este establecimiento fué fundado en 1899 por Edmundo Demolins para llevar a la práctica las ideas que él defendiera en su libro «En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones». Fué fundada bajo la divisa de ser «una Escuela nueva» y con tal enseña ha continuado.

Lo primero que se siente al llegar a ella es la tranquilidad bienhechora del campo, tranquilidad inmensa y clara que invita a gozarla en actitud de adoración, con los brazos abiertos, levantados y mirando al cielo. La alfombra verde de los prados se dilata en todo sentido en amplio oleaje hasta perderse de vista. Bosques de pinos y de otros árboles destacan sus manchas oscuras diseminados entre los chalets y pabellones dispersos del establecimiento. Una lluvia reciente ha lavado la tierra y los árboles, y voluptuosamente recibimos el beso del aire puro que viene a regocijar nuestros pulmones de hombres de ciudad.

El establecimiento no tiene más que alumnos internos, que este año son poco más de trescientos. Viven repartidos en cinco chalets independientes. Cada uno de éstos se halla bajo la dirección de un profesor casado, que viene a ser como el padre de una familia de cuarenta a cincuenta muchachos. Con ellos hace sus comidas, los atiende en sus estudios y, viviendo así juntos, hay oportunidades para charlas provechosas, sobre todo en las tardes y en las noches.

El director de cada casa es ayudado en sus tareas educadoras y de supervigilancia inmediata por alumnos de los cursos superiores que, en calidad de capitanes o monitores, toman a su cargo el cuidado de ocho o diez niños de menor edad. Me han asegurado que este sistema da muy buenos resultados.

Acompañado por el Secretario de la Dirección General visité dos de las casas. Son de una sencilla elegancia, cómodas

y con buena calefacción. En cada dormitorio no duermen más de ocho alumnos. Los dormitorios son amplios, claros, y con grandes ventanas por donde entran la luz y la alegría del campo. Hay baños de lluvia fría y caliente y los muchachos deben bañarse todas las mañanas al levantarse. Fuera de estos baños se encuentra una gran piscina de natación en medio del parque y es obligatorio para los alumnos aprender a nadar. Las casas cuentan además con buenas salas de estudio, biblioteca y salón. Todo muy limpio y muy bien tenido.

Dispone también el establecimiento de dos pabellones de enfermería, uno destinado a enfermos infecciosos. Un dentista viene regularmente a prestar sus servicios.

Hay una pequeña iglesia católica y una capilla protestante muy sencillas y sin ningún relieve arquitectónico digno de mención.

Las clases se hacen en otro gran edificio separado, donde asimismo se encuentra el salón de fiestas, que sirve para reuniones quincenales del Director, los profesores y los alumnos y para otras más frecuentes en que se canta y se hace música.

Las reuniones quincenales tienen cierto carácter disciplinario porque en ellas se suelen hacer observaciones y amonestaciones a los alumnos que las merecen, lo que, dado la solemnidad del acto, no deja de producir su efecto.

La escuela da la instrucción primaria y secundaria de un liceo completo, o sea, sus cursos comprenden la clase infantil (10º), tres años de preparatoria (9º, 8º y 7º), y siete de estudios secundarios (6º, 5º, 4º, 3º, 2º, 1º y el año que se llama de Matemáticas y Filosofía). Todos los alumnos estudian latín y dos lenguas vivas, que pueden elegir entre el inglés, el español, el alemán y el italiano.

Según su declaración de propósitos, la Escuela se propone «formar cuerpos robustos, espíritus abiertos y cultivados, caracteres independientes y leales que, para hacer su camino, no descansen ni en la fortuna ni en sus padres ni en protectores, sino en ellos mismos». En este sentido deben comprender los alumnos su divisa de «Bien armados para la vida». Pero los

estudios que aquí se hacen conducen naturalmente también al bachillerato y, según las informaciones que me han dado, los éxitos obtenidos en estas pruebas han sido bastante halagadores. Las clases tienen lugar de 8 a 12 y de 4 a 6, con los correspondientes intervalos entre ellas. Las horas de 2 a 4 las dedican alternativamente los alumnos, día por medio, a juegos y a trabajos prácticos.

Los juegos son tennis, football, hockey, cricket. Los alumnos que así lo quieran pueden recibir lecciones de equitación, esgrima y box. Para ir de sus casas al edificio central de clases y a los demás pabellones los alumnos usan mucho la bicicleta. Las clases de gimnasia se hacen al aire libre.—¿Y si llueve? le pregunté al Secretario.—Si la lluvia no es mucha, no importa, me contestó. Lo mismo para los juegos. El clima de Normandia es húmedo, llueve frecuentemente y hay que acostumbrarse.

Poco después, al ir a un pabellón algo distante empezó a llover. Mi guía, corroborando espontáneamente lo que acababa de decirme, no se preocupó de ello aunque andaba sin paraguas, sin sobretodo y sin sombrero. Yo, para no ser menos, no hice ni amago de ir a buscar el paraguas que había dejado en una oficina, y seguí tranquilamente bajo la lluvia.

Los trabajos prácticos se llevan a cabo en los laboratorios de química, física e historia natural, en la herrería, en la carpintería, en los gabinetes de dibujo y modelado, en los talleres de encuadernación. En todos ellos se encuentra a los muchachos trabajando como verdaderos obreros, bajo la dirección de algún profesor. Pude ver objetos de hierro, pequeños estantes y otros muebles muy bien hechos por ellos, como asimismo libros bastante bien encuadernados.

El Director M. Berthier me invitó a tomar el té a su casa. Estaba Mme. Berthier, un hijo de ambos, algunos profesores y unos tres o cuatro alumnos, porque unos pocos de éstos viven también en el hogar del Director.

Fué un té como los que se acostumbran en los círculos educacionales e intelectuales de Europa y Estados Unidos: muy sencillo y muy sobrio. Hace pocos días—dicho sea a manera

de confirmación de este aserto general—, tuve el honor de ser invitado a un *five o clock* en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Habría una docena de personalidades, principalmente universitarias. Todo el servicio consistió en una taza de té simple, sin leche, tomado de pie, con unas dos o tres galletas. Se iba ahí a conocerse, a conversar, a cambiar ideas.

«A la Escuela de las Rocas—dije dirigiéndome a M. Berthier— le viene sobre todo el calificativo de nueva, por el régimen de su internado, en que se trata de reemplazar de la mejor manera posible al hogar, y por la atención que se presta a la educación propiamente dicha, a la formación moral del educando, haciendo colaborar a este fin la acción de un ambiente de calma, bastantes ejercicios físicos y trabajos manuales, los deportes, la vida al aire libre y la influencia constante de profesores paternos.»

«No solamente por lo que usted indica—me dijo—. El trabajo intelectual de los alumnos se lleva a cabo en condiciones muy serias. Tarea que no hacen bien deben rehacerla el mismo día. Nosotros hemos introducido algunas modificaciones para nuestro uso en los planes y programas de instrucción secundaria del Estado. Todos nuestros alumnos estudian latín. Usted ve cómo combinamos así el interés por las labores prácticas y materiales con el esfuerzo que disciplina la inteligencia.»

Como me invitara a presenciar una clase de latín, tuve que decirle que no lo había estudiado y cuál era la situación general al respecto en Chile. Le hablé también de la apreciable corriente de opinión que se había manifestado últimamente, pidiendo la incorporación de ese ramo en los planes de estudio de unos pocos liceos a que convendría darles el carácter humanístico. Le agregué que por mi parte estimaba indispensable el latín para los que se dedican al derecho, a la medicina, a las letras y a la filosofía.

Pero M. Berthier no cree sólo esto. Considera el latín como la más excelente disciplina de la inteligencia para formar la *élite* de la sociedad.

Los métodos de enseñanza propiamente dichos son, por lo

que he podido observar, más o menos los mismos que se practican en cualquier liceo, salvo en lo relativo a la enseñanza de los idiomas vivos. Para perfeccionarlos en el manejo de éstos es costumbre enviar a los alumnos uno por uno a pasar una temporada, de tres meses a un año, en un colegio de un país extranjero.

Refiriéndose a la cultura religiosa, me dijo el director que se atendía con el mayor esmero, siempre que los padres de los alumnos así lo desearan. Al efecto había servicios religiosos regulares en las capillas que habíamos visitado, y sacerdotes católicos y protestantes para instruir a los jóvenes.

—¿Qué medidas disciplinarias ponen ustedes en práctica?— pregunté a M. Berthier.

—Nada más que observaciones y amonestaciones, me dijo. Las hace primero el director de cada casa, después yo en las reuniones plenarias que tenemos cada quince días en el salón de actos. El niño reconvenido en estas sesiones, suele ser privado de uno o dos días de salida. Después de la tercera amonestación pública el alumno tiene que retirarse del establecimiento.

Según le entendí también a M. Berthier, a los muchachos que padecen de cierta pereza física les imponen ejercicios un tanto forzados, como largas carreras, acarreo de cosas pesadas u otros semejantes.

No debo silenciar, antes de terminar esta reseña, que las modificaciones de algunos detalles de los programas oficiales efectuadas en la Escuela de las Rocas han sido posibles porque la enseñanza particular goza en Francia de bastante libertad. Los colegios privados no están sometidos, como ocurre en la República Argentina y en Chile, al abrumador martirio de los exámenes anuales de ramos, tomados por comisiones examinadoras extrañas al profesorado del establecimiento. La promoción anual de los alumnos de colegios particulares depende aquí enteramente de la dirección y del profesorado del colegio. La intervención fiscalizadora del Estado no se presenta sino en las pruebas del bachillerato que deben rendirse ante la facultad corres-

pondiente de la universidad del distrito académico en que se encuentra el colegio.

Fuera de esto, las autoridades de la enseñanza oficial pueden intervenir al tiempo de la fundación del colegio, para comprobar si el fundador ha hecho ciertos estudios universitarios, y en todo tiempo para imponerse de las condiciones higiénicas y morales del establecimiento.

Los alumnos franceses de la Escuela de las Rocas pagan 11,000 francos anuales de pensión y los extranjeros 22.000. Como se ve, es una escuela para ricos.

Habiéndole preguntado al director por qué había tanta diferencia entre el valor de la pensión de los franceses y la de los extranjeros, me expresó que era para compensar la diferencia de cambio que había en las monedas.

Esta explicación, que resulta satisfactoria por lo que se refiere a los ingleses, suizos y norteamericanos en vista del alto valor de su moneda, no lo es respecto de los belgas, portugueses y rumanos que tienen una moneda inferior a la francesa. Sin embargo, los niños extranjeros no faltan en la escuela, y entre ellos hay también algunos sudamericanos.

Por otra parte, esos precios que asumen proporciones exorbitantes comparados con los de los baratos colegios fiscales, que parecen hechos para desbastar a granel nuestra muchachada, no lo son tanto si se considera cómo se vive en la Escuela de las Rocas, el personal que ésta necesita y lo que se proporciona a los alumnos.

ENRIQUE MOLINA.

El movimiento de traducciones en Francia

FUERA del esfuerzo propiamente creador en las letras y las ciencias, movimiento cuya actividad crece constantemente, Francia ha debido asumir, desde fines de la guerra un trabajo de centralización y concentración cada día más importante. No hablo solamente de la anexión literaria de Bélgica y Suiza; de la aparición, en nuestra literatura, de las colonias, hasta de las de raza negra; de los movimientos que en Egipto, Turquía, Salónica, Canadá y en dos Estados norteamericanos, han creado una prensa francesa y ediciones francesas, y hacen del francés el idioma literario natural a ciento cincuenta millones de hombres. Este movimiento es de simple asimilación y no exige esfuerzo alguno. Pero existe una serie de pueblos muy afectos a su propio idioma, y que sin embargo necesitan de un idioma cultural merced al cual puedan tener en la mano todas las ideas y todos los instrumentos de la civilización. En este dominio, el francés ha sido preferido al inglés y al alemán por las razones siguientes.

Los países de Europa Central—Polonia, Checo-eslovaquia—se han desprendido de Alemania por razones políticas. Otros países, bien que aliados políticamente con Alemania durante la guerra, han visto triunfar a los francófilos después de la guerra: es el caso de Bulgaria y Turquía. Amenazas de agudos conflictos apartan del idioma inglés a Persia, China y Japón. El parentesco de idioma ha acentuado aún el influjo del francés en los países de habla española. En fin, en los libros de ciencia y de técnica, la antigua superioridad de Francia es acrecentada por su sistema de medidas, infinitamente más prác-

tico que el sistema inglés. Pero, para que el idioma francés baste, es preciso que pueda introducir también a los que lo practican en la cultura de los demás países, antiguos y modernos. A este anhelo corresponde el actual movimiento de traducciones.

Para la literatura antigua, se ha fundado una sociedad bajo el nombre de *Société Guillaume Budé*. Ha confiado a los eruditos más eminentes la obra de los principales autores de la antigüedad. La traducción de la *Odisea* por Víctor Bérard, que mejoraba infinitamente la inteligencia histórica y crítica del texto, siendo al mismo tiempo joven y viviente tanto como cualquier obra moderna, ha sido un acontecimiento literario europeo. Una obra tan hermosa y tan fuerte, cuyo éxito fué menos ruidoso porque su realización fué progresiva, ha sido la traducción de las obras de *Esquilo* por Paul Masson, profesor en la Sorbona. (Recordemos que Paul Claudel había ya traducido, sin estudio crítico del texto, los dramas de Esquilo.) Publicado hasta ahora sólo en edición de lujo, el *Hesiodo* de Paul Masson va a salir pronto en edición corriente, y será estimado también como una obra maestra. La traducción de las obras de *Platón* ha sido emprendida colectivamente. La de Platón hecha por Víctor Brétier será considerada justamente una de las más importantes obras de erudición filosófica.

Para los autores latinos, la labor habrá sido más fácil, pues, de 1840 al 90, más o menos todas las obras maestras latinas habían sido traducidas por sabios de nota, buenos escritores por lo demás. Pero esta adaptación a la ciencia moderna no habrá sido sin embargo inútil.

Naturalmente, fuera de la *Société Guillaume Budé* otros y muy hermosos esfuerzos para la traducción de las obras antiguas, merecen ser señalados. Es así como Paul Desjardins, si ha aceptado sencillamente el texto griego establecido por otros críticos, ha dado una traducción de *Teócrito* de excepcional vigor, vuelo y vida, muy digna del modelo. Thiery Sandre ha traducido parte de *Atenea*; el filósofo Appuhn concluye una magistral traducción de Spinoza. Presentadas a voluntad el fran-

cés solo o el francés con el texto griego al frente, estas traducciones están adaptadas a los conocimientos de los que no saben de la antigüedad, lo mismo que de los que, sin poseerlas a fondo, desean sin embargo gozar algo de los idiomas antiguos.

Más o menos en el mismo orden de ideas, se ha emprendido en Francia un movimiento importante de traducciones asiáticas. Es preciso reconocer que, sobre este punto, Francia ha permanecido largo tiempo muy atrás de Alemania e Inglaterra. Se recuperará sin duda pronto este retraso, ya que, además del *Mercur de France* que había empezado antes de la guerra, los editores *Plon*, *Delagrave*, *Piazza*, *Au sans Pareil*, *Rieder* y *Delpeuch*, para citar sólo los editores puramente literarios, han emprendido colecciones chinas y japonesas. Pero naturalmente, la casa más importante para esta clase de ediciones es la librería *Geuthner* que presenta en la forma más científica las traducciones y las obras de los eruditos. La *Antología del Ku-Wen chino* dada este año por Georges Marguliès, ya célebre, ofrece la particularidad de haber sido hecha en francés por un ruso: buen ejemplo del hecho que el francés se está acercando a ser el idioma común de la cultura occidental.

En cuanto a la traducción de obras modernas, el impulso ha sido casi siempre dado por grandes escritores.

André Gide, por ejemplo, ha sido el primero en emprender, basándose en las traducciones inglesas hechas por el mismo Tagore, la traducción de *La ofrenda lírica*, lo que después ha hecho posible la traducción de las otras obras de Tagore directamente del texto bengalí. André Gide ha sido también uno de los introductores del místico inglés *William Blake*, y el director de las traducciones de la obra de *Conrad*.

En América se debe conocer sobre todo, naturalmente a Valéry Larbaud, traductor, para el inglés, de Samuel Butler y de Savage Landor, director, para el español, de las traducciones de las obras de Gómez de la Serna y del argentino Ricardo Güiraldes.

Los mayores progresos se han realizado en el dominio de las

traducciones de la literatura rusa. Los alemanes hasta ahora nos habían ganado mucho terreno; pero la casa editorial *Bossard* ha emprendido una colección de todas las obras maestras de la literatura rusa, cuya traducción es seriamente controlada. Las casas *Rieder* y *Plon*, sobre otros autores rusos, han hecho esfuerzos análogos, que comprenden la literatura viva, con *Chekov* y *Máximo Gorki*.

Uno de los signos del éxito de esta fórmula: *idioma francés, vehículo del pensamiento mundial*, es el éxito de la revista *Europe*. Aunque su texto esté compuesto, por más o menos una tercera parte, de traducciones de crónicas extranjeras, 33% de sus suscriptores son extranjeros, que además compran regularmente unos 4000 ejemplares de cada número.

Los inmensos progresos realizados en Francia por la lingüística, al impulso de *Antoine Meillet*, los progresos de la escuela de idiomas orientales vivos, de los institutos de idiomas eslavos y escandinavos, habrán contribuido sin duda a la organización de esta situación nueva, que ha venido a consagrar la instalación en París del Instituto de Cooperación Intelectual.

JEAN PREVOST.

Chaplin, genio del cine

LA situación actual del cine no puede ser más paradójica. Visto y hasta admirado por millones de hombres de todas las lenguas y de las razas más diversas, los que realmente lo entienden y lo quieren son unos pocos. Forman una hermandad de pequeños grupos, extendidos en casi todos los países occidentales. Tienen un culto común y santos en que adoran. Por lo demás, entre esos miles de mirones de las películas y los pocos cientos de gustadores del cine hay un abismo. Los primeros van al cine porque es un entretenimiento fácil. El cine no emplea, como los demás artes, signos y, por tanto, no hay que desentrañar ningún simbolismo para entenderlo. El cine entra por los ojos. Es movimiento, es sucesión de imágenes, es un brusco juego de luces y de sombras. Por lo brusco, parece primario. Algunos refinados lo desprecian. Tienen sobre él falsas ideas literarias y no comprenden que, como arte autónomo, tiene derecho a tener sus propias leyes.

Pero entre la mayoría concurrente al cine y la minoría que lo paladea hay algunos puntos de contacto. Esos puntos se llaman Jannings, Douglas Fairbanks, Menjou, pero sobre todo Chaplin. Los tres primeros son talentosos; el último es genial. Entre el arte de aquéllos y el de éste media un abismo. No es el de los primeros despreciable, ni mucho menos. Jannings, por ejemplo, hizo culminar una etapa del cine con su película *Varieté*, en que trabajó con una de las pocas actrices de cine de positivo talento, Lia de Putty. Fairbanks en sus *Zorros* ha dejado muestras de singular capacidad, lo mismo que en su *Ladrón de Bagdad*. Tanto ha gustado, que su fracaso de *El gaucho*

apenas ha tocado su fama ya grande. Menjou, por lo demás, en *Una mujer de París* (película dirigida por Chaplin) y en muchas otras comedias, ha demostrado una finura extraordinaria y una ductilidad sorprendente. Todo esto es estimable, sin duda, pero vale bien poco al lado del arte de Chaplin.

Enrique Poulaille, escritor francés, ha escrito un libro sobre Chaplin, titulado *Charlot* * en que analiza, a menudo con efectiva hondura, la vasta labor de este genio cinematográfico. No se entretiene mucho en la biografía del personaje. Chaplin, si bien se mira, apenas tiene historia. Nació en Londres. No tiene cuarenta años. Es hijo de actores de teatro. Comenzó en espectáculos baratos de music-hall. En una jira por los Estados Unidos fué contratado para el cine. Lo demás es bien conocido. Un año de trabajo forzado, bajo la imposición de directores ajenos a toda idea efectivamente artística sobre el cine. Chaplin tasca el freno, tratando de llegar a ser él mismo. Una nueva contrata y lo consigue. Tiene que vencer muchas dificultades. Los directores, sobre todo, son su pesadilla. Creen tener el público en el puño; tienen ideas preconcebidas y falsas sobre el trabajo; muchos confunden lamentablemente el cine con el teatro hablado. Pero Chaplin va arrollando todas las convenciones. Y comienza la serie de sus obras maestras. ¿Quién no las conoce? Porque son ya sus obras maestras esas *Vida de perro*, *El pibe*, *El inmigrante*, *En las trincheras*, *El comerciante*, que todos hemos visto con singular deleite.

¿De qué está hecho el arte de Chaplin? ¿Cómo se explica su dominio del público, superior al de todo otro actor de cine? Hay en Chaplin, en primer lugar, un lado excéntrico que, con valer mucho, es el que menos vale en él. Viste con un desaliño rebuscado. Su chaqueta es anacrónica, su hongo es ridículo; su bigote es almibarado. El bastón es pueril y está lleno de sorpresas; los pantalones son un poema de miseria y de risa. Los zapatos... ¡oh, los zapatos de Chaplin! ¿Quién cantará el infinito valor burlesco de estas bateas anchas, arqueadas, inverosímiles

* Ediciones Biblos, Madrid, 1927.

con que Chaplin lo mismo corre que patina? Son muy grandes, y sin embargo, parecen apretar siempre la piel delicada de sus pies. Porque Chaplin es o parece ser, siempre, hombre delicado, y aquí es donde podemos encontrar otro de sus recursos artísticos.

En efecto, como Poulaille hace notar bien en su libro, Chaplin explota con singular talento el sentimiento trivial de la muchedumbre. Siempre aparece como hombre débil y cándido a quien los demás—los fuertes, la multitud, que es fuerte aunque sea reunión de débiles—acorralan y afrentan. Tiene una mirada de niño; sonríe y pide disculpas. Se lleva la mano a la boca, torna a sonreír y saluda con su hongo sin igual. Las películas de Chaplin son todas pesimistas. Se le ha echado en cara. Ese pueblo de sano optimismo insolente en que la suerte le ha hecho trabajar ha sido el primero en oponer a su arte la afirmación ruidosa de su vitalidad. Pero no hay arte enteramente sano. El de Chaplin con ser arte de iniciación—estamos en la infancia del cine,—tiene algo de clorótico. De una película de Chaplin se sale con las quijadas doloridas por la risa, pero también, a menudo, con mal sabor de boca. *La Quimera* hace llorar. En *El Circo*, que tiene menos carga emotiva, hay trozos de emoción sobria y fuerte. Chaplin sabe bien que el hombre débil se lleva todas las simpatías de la multitud. Por eso a él siempre lo persigue un policía grueso y con garrote, o lo amenaza un atorante, un *rough neck*, grande como una torre y de cara aviesa como un remordimiento. Más valor que la persecución física tiene en Chaplin el desplazamiento moral y sentimental. Chaplin no tiene jamás amores afortunados. En *La Quimera* encuentra con la fortuna la felicidad de su amor entrevisto; pero en *El Circo* trabaja para que otro recoja el fruto. Y en la vida, el pobre Chaplin es también el pobre Chaplin de las películas. ¿No hemos visto hace bien poco a su segunda mujer arrojarse, famélica, sobre la fortuna de su marido, esgrimiendo una demanda de divorcio?

Todos estos elementos no habrían bastado ciertamente para producir el éxito que Chaplin ha obtenido. Es que en su trabajo cinematográfico hay más. Su genio le ha hecho intuir, hace

ya más de diez años, cuando el cine era todavía embrión—hoy mismo, ¿no lo es?—que la esencia del cine es la esencia de la vida ordinaria de todos los hombres. El cine no simboliza nada. Reproduce, copia, refleja la vida ambiente. Así esbozado, este trabajo parece fácil. Bien saben los aficionados al buen cine que no lo es. Muchas de las películas fracasan por un exceso de ambiciones. Quieren sintetizar y hacen símbolos extremos que tocan en lo grotesco. Los personajes dejan de ser hombres para convertirse en entes de razón. Chaplin jamás deja de ser un hombre; más aún: trata siempre de ser el hombre más vulgar y más corriente. Es un vagabundo, un aventurero, un hijo de la nada y del acaso en todas sus películas. Ningún antecedente lo explica. Aparece él solo con su bastoncillo melifluo y sus zapatones inverosímiles, y ya sabemos quién es. Es un hombre que tiene un destino humilde, que sueña cosas grandes, que se ve aporreado por la suerte, que quiere y no es querido, que lucha y no llega a nada. No es más que eso. ¿Se puede ser más que eso?

No nos parecen exageradas las opiniones que afirman la genialidad artística de Chaplin. Es el primer genio que pisa los estudios—digamos con tantos otros admiradores de Chaplin. Con él el cine se exalta a la categoría de nuevo arte. Nuevo en el sentido de que no tiene parentesco con los ya existentes; nuevo porque le quedan posibilidades que ninguno de los anteriores ha podido ni podría agotar jamás. Nuevo, en fin, en el sentido de que nace cada día y cada día lo acrecientan la casualidad y el azar con ricas aportaciones.

R. SILVA CASTRO.

Por el libro chileno

EN Chile, dos o tres escritores han logrado extender la circulación de sus libros más allá de la calle de Huérfanos, que es el límite geográfico donde la indolencia nacional erige el mausoleo consagrado a honrar la memoria de los escritores nacionales.

Y para alcanzar una migaja de ese éxito efímero que el lector de la calle de Huérfanos dispensa a los literatos, hay que hacer un recorrido preliminar que es a veces humillante, y siempre áspero, ingrato, desconsolador...

Cuando nos visitan los turistas millonarios, suelen algunos libreros exhibir en los escaparates del negocio las obras chilenas que duermen en bodega, y esto da margen para que un señor escriba un artículo en el que hace el descubrimiento de los valores literarios, con la consabida pregunta: ¿existe una literatura chilena, hay escritores en este país?

Un grupo de artistas, convencido de que en Chile hay escritores que valen tanto como los escritores de otro país, ha fundado un centro editorial destinado a agrupar en su seno a los intelectuales que, escribiendo decentemente, ignoran el teje maneje del arte de vender los libros, o que si no lo ignoran, carecen de medios económicos para imprimir por su cuenta y riesgo una obra que, fatalmente, muere sin salir siquiera de la capital, en el sótano de un almacén de libros.

En esta situación, y para dar vida a la creación de la «Casa del Libro Chileno», los artistas y amigos de las letras han empezado a preocuparse del problema que pudiéramos llamar fundamental para la literatura, y que consiste en fundar una empresa

editorial en la que el autor tenga un control directo y efectivo sobre los dineros que aporte, pudiendo exigir, en caso de que la sociedad tome a su cargo la impresión de una obra suya, una suma proporcional de las utilidades.

La editorial en formación pretende valorizar el libro chileno extendiendo su circulación en forma amplia, para lo cual se propone hacer ediciones numerosas a fin de distribuir las en toda la República, enviando una parte considerable de ellas a España, donde cuenta con un corresponsal serio, que consignará los libros en los países de habla castellana, donde hoy por hoy poco o nada se conoce nuestra literatura.

La administración de la empresa aporta al servicio de la editorial una suma igual al total reunido entre los socios, con lo cual quedan de hecho vinculados los intereses de la una con el de los otros, lo que importa una garantía segura para la marcha de la gestión financiera que ha sido cuidadosamente estudiada y meditada con criterio comercial.

Constituída la comisión controladora de balance, los socios dejarán entregado el manejo comercial del libro a la gerencia, que hará su distribución y la reclame necesaria a fin de asegurar el éxito de librería de la obra.

En líneas generales, he aquí las ideas que se han tenido presente al dar vida a este centro editorial, que es como ha dicho un escritor, el llamado a contribuir a la difusión de nuestra literatura en forma práctica y efectiva.

Los lectores de **ATENEA** que se interesen por tener mayores datos sobre el particular, pueden dirigirse a Agustinas 1043, donde se encuentra actualmente el registro de accionistas.

ALBERTO ROMERO.

En torno a la escuela española

HACE unos dos años dimos un eco en estas mismas páginas a la obra que Luis Bello venía realizando desde 1924 en favor de la escuela española. Ya en 1926 podía destacarse la trascendencia lograda por el infatigable trabajo del periodista, y era su iniciativa en marcha un acontecimiento como ninguno fértil y ejemplar dentro de España y fuera de ella.

Aun cuando dicha obra no ha terminado al cabo de cuatro años, nos induce a hablar de ella nuevamente la consagración y el homenaje de que acaba de hacerla objeto la unanimidad de la opinión española. Para aquilatar la importancia de este acaecimiento, valga recordar que en setiembre de 1924 un periodista publicó en «El Sol» de Madrid el primer artículo sobre las escuelitas rurales. Continuó visitando escuelas y destinando a cada visita uno o más artículos. Así lo hizo con las de lo que llamó «el cerco de Madrid». Luego salió de este cerco y siguió por todos los caminos de España. Aparte de la fe y la perseverancia que Luis Bello ha puesto en su trabajo, lo sintomático es que el gran público español lo haya seguido con un interés creciente, hasta el punto de que han acabado por identificarse la voluntad española y la campaña de Luis Bello.

Póngase el caso en alguno de nuestros países, donde la precipitación y la pereza están constantemente negando su madurez a toda cosa, y se comprenderá que, por muy egregio periodista que sea Luis Bello, su insistencia cotidiana en la prensa se habría ahogado entre el fastidio del lector. Este lector no sólo es inapto para la atención larga sino también insensible a los asuntos trascendentes o vitales de la cultura. Quiere salir

luego de las preocupaciones, cuando las tiene. No ahonda y no le inquieta el que resulten a la postre malamente resueltas. Tal es también su ambiente, y toda la prensa se encarga de confirmarlo en sus páginas. Es así como nuestro público está perfectamente informado de cuántas veces el príncipe de Gales se ha caído de su caballo, e ignora que un pueblo, tan vinculado a nosotros y a nuestro destino como España, se encuentra hoy poseído de una de las efusiones más auguralas y más puras de su historia. Es cierto que hay escasas noticias de España, mas, para el caso, vale no olvidar que las ha habido bastantes del desistimiento matrimonial de Primo de Rivera.

La campaña de Luis Bello y su éxito, que fuera imposible sin la contribución entusiasta de un pueblo, es una de las comprobaciones más optimistas a que hayamos asistido en mucho tiempo cuantos sentimos repercutir íntimamente las vicisitudes y los fastos de la madre patria. Todos sabíamos que contaba ella con hombres de exquisita pasta, fuertes de alma y dotados, como los mejores de Europa, por la disciplina y la inteligencia. Otros pueblos los tienen también y no faltan en nuestra América, pero en España estaban preocupados unánimemente en los problemas de su raza, trabajando con fe religiosa en salvar su destino.

Faltaba saber lo decisivo, es decir, si tras ellos existía una nación sensible y atenta, capaz asimismo de emocionarse por sus problemas y su porvenir. Contra esta esperanza pudiera alzarse el tópico, ya añejo, por cierto, de la insensibilidad española, la ausencia de una España genuina a lo largo de un extenso período de historia en que sólo son visibles al mundo, por un lado, una mera fórmula oficial y, por otro, algunos profetas desesperados y desoídos. Pero hacia ella han tendido la suma de sus esfuerzos los hombres mejores, entre cuyas filas del presente es preciso contar a Luis Bello. José Ortega y Gasset, otro egregio militante, lo declaraba en las palabras que preceden a sus «Meditaciones del Quijote»: «Así nosotros. Habiendo negado una España, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra. Esta empresa de honor no nos deja vivir.

Por eso, si se penetrara hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprendería haciendo con los más humildes rayicos de nuestra alma experimentos de una nueva España.

Y he aquí que a un periodista le ocurre tocar, con la confianza de Moisés, la piedra fundamental de esa España prevista y anhelada, y ve que suscita anchas corrientes de interés y de cooperación y que su patria acaba poniéndose de pie.

Esa piedra fundamental, por todos reconocida y de todos olvidada, es la escuela, la escuelita de minúscula significación para tantos dirigentes, que si no la desdeñan obran como si la desdeñasen, puesto que yace abandonada, con sus muros agrietados, oscura y miserable. Hubo tiempos de general declamación en favor de ella. Se la reconoció como resorte de todo mejoramiento social y político. La trama de todos los problemas comenzaba en la escuela. Pero siguió siendo lo que fué, negada de recursos, exigua y ruinosamente materialmente y también, a veces, espiritualmente.

La trascendencia universal de la escuela es ya una verdad tan evidente como la pesantez. Su abandono constituye una atroz incongruencia. Así fué como Luis Bello acudió en apelación a su pueblo y fué, de ciudad en ciudad, de villorrio en villorrio, tomando cada escuelita y exhibiéndola en sus menudos y graves detalles a la vista de todos los españoles, haciendo hablar a los maestros, a los padres de familia, a los niños. En esta labor lleva ya cuatro años y le resta por hacer otro tanto. Los frutos inmediatos alcanzan ahora un valor incalculable, como que en ello se puso a trabajar toda la nación. Luis Bello desató energías e iniciativas, y la escuela empezó a ganar por el esfuerzo común desde el día en que publicó su primer artículo.

Una recompensa nacional ha sorprendido a Luis Bello en medio de su tarea. Cuando se hallaba fuera de Madrid, en una de sus visitas de escuelas, «El Sol» aparece con un artículo de Luis Araquistain, en que se refleja la gratitud de muchos buenos españoles y se insinúa el deber de un homenaje más sus-

tancioso que el mero banquete, reservado más cada día para motivos mínimos; un homenaje proporcionado a la magnitud de la empresa que lo requiere. Araquistain dice que, al abrir el periódico, todas las mañanas se pregunta: ¿será hoy?: «Mas pasan—dice—los días, las semanas y los meses, y no me traen el anuncio del homenaje que espero y que seguramente esperan conmigo muchos millares de españoles: los maestros, porque en nuestro país nadie ha puesto en el conocimiento directo, visual, de la enseñanza, de sus buenas ejemplaridades y de sus lamentables deficiencias un esfuerzo tan amoroso, tan tenaz y tan desinteresado como el hombre en que pienso, auténtico Don Quijote de la Escuela, parecido al hidalgo manchego hasta por su traza física; los padres de familia, porque tanto tesón para levantar el nivel de la escuela española no tiene otro objeto último que preparar mejor la niñez para la vida; los periodistas, porque la campaña a que aludo es una de las que más enaltecen a nuestra profesión, revelando que también el periodismo sabe ejercer un puro y eficaz magisterio y que es sensible como pocas profesiones a una de las necesidades más vitales de la nación, como es la enseñanza pública, y cuantos, en fin, comprenden que la escuela es el alfa y la omega en el desenvolvimiento espiritual y material de un pueblo».

Difícilmente se hallaría otro caso en que una iniciativa lanzada desde un periódico encontrase repercusión más inmediata y vasta en todo un país de la extensión de España. Una de las características más interesantes de la cruzada en favor de la escuela consiste en que pronto sumaron a ella su atención y sus fuerzas todos los periódicos españoles, sin que fueran obstáculo las diferencias doctrinarias o las rivalidades que en otras partes conducen a unos diarios a menospreciar o silenciar las acciones meritorias de los demás, por muy altas y patrióticas que sean. Lo mismo ocurrió con la proposición de Luis Araquistain, y así como la empresa de Bello había trascendido de la columna periodística para asumir las proporciones de un movimiento nacional, el homenaje a Bello era a los pocos días una resolución de toda España, proclamada por los periódicos y

confirmada por la adhesión entusiasta de innumerables colectividades e individuos. A poco se constituía en Madrid una comisión organizadora del homenaje, formada por elementos representativos aun de las más opuestas corrientes y presidida por don José Francos Rodríguez. Asistieron a esa primera reunión hombres como Menéndez Pidal, Benavente, Araquistain y Palacios Valdés, y los presidentes de la Asociación Nacional de Maestros, de la Asociación de Maestros de Madrid, de la Asociación de Maestros Católicos y de muchas otras instituciones de profesores, alumnos y periodistas.

Fuera de los detalles concernientes a la realización del homenaje, se aceptó como idea fundamental de él la construcción y obsequio de una casa en la forma y condiciones que de la suscripción resultaren. Además se resolvió solicitar del Estado, única ocurrencia que se ha hecho a él en toda la campaña, que se diese el nombre de Luis Bello al primer grupo escolar que fuese terminado.

Y comenzaron en todas partes las listas de erogantes, encabezada la primera de todas por la Asociación de la Prensa con la cuota más alta. Enrique Díez Canedo, en una correspondencia para «La Nación» de Buenos Aires, a la que debemos recurrir, como a los diarios de España, para informarnos de la empresa de Luis Bello y de su resonancia en la Península, ya que el cable no le ha dado la atención que concede a las peleas de Uzcudún, dice que en las listas de suscripción hay dádivas muy exiguas al lado de las más consistentes y que las primeras, por ser las más significativas, dan la medida del éxito de la obra emprendida por Bello. Pero hay notas todavía más expresivas; arquitectos, constructores, albañiles, carpinteros, estucadores, obreros de todas las ramas de la construcción han solicitado entusiastamente un sitio, como su aporte, en la construcción de la casa del periodista.

La verdad es que la proyectada casa de Luis Bello tendrá un ladrillo de cada ciudadano español y va a constituir, sin ninguna exageración, un monumento nacional, el más profundo y simbólico de todos, porque en vez de representar el pasado

y sus límites irreparables, indicará un porvenir al que España se prepara con los aprestos máximos: la voluntad despierta de sus hijos en las causas ideales y la exaltación de la escuela.

Pero la materia de este acontecimiento es demasiado vasta para sentirla agotada en un breve espacio, y esperamos volver sobre ella.

RAFAEL CABRERA MENDEZ.

EX - LIBRIS

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA EUROPEA, por *M. J. Bonn*.
—Ediciones Biblos, Madrid, 1927.

La persistencia de las formas gubernativas irregulares que han surgido en diversos sitios, a los pocos años del fin de la guerra mundial, hace pensar en el nacimiento de nuevos conceptos de Derecho Público. Uno de los signos de la renovación es el progreso descrédito del concepto de democracia; otro, lógica derivación del primero, la reducción de la importancia del parlamentarismo.

En «La crisis de la democracia europea», *M. J. Bonn*, que es un escritor alemán de prestigio ya formado en materias sociales y políticas, estudia algunos aspectos de la cuestión. No todos, aunque sí los más esenciales. El cuadro de su libro es un interesante aporte a la historia de la agitada época que vivimos. Faltan en él algunos rasgos, y es lógico que así sea. Este libro realiza el prodigio de tratar materia tan vasta en sólo ciento setenta páginas.

A pesar de su concisión es, pues, el libro de *Bonn* una lectura imprescindible para quien advierta, detrás de los fenómenos políticos, el cambio de las concepciones filosóficas que creíamos más arraigadas en el hombre occidental.

EN LA LLAMA DE LA INDIA, por *Arnaldo Cipolla*.—Editorial Nascimento, Santiago, 1928.

Hay un hecho nuevo en la literatura, que cada día nos descubre nuevas facetas. Es el periodismo. Hay quienes dicen que

no hay ni puede haber en él punto alguno de contacto con el arte literario. Otros lo vinculan en exceso a un oficio paciente y difícil, antítesis por tanto, del suelto trabajo periodístico.

En un discreto término medio están esos periodistas que recorren el mundo con los sentidos bien abiertos sobre todas las maravillas que pueblan la tierra. Son gustadores de emociones, y a veces las suscitan en sus escritos con un relieve tan poderoso como el mejor novelista.

El señor Cipolla, que estuvo pocos meses ha en Chile, es de estos periodistas para quienes el menester literario no pierde toda su importancia por el hecho de ponerse al servicio de la prensa. Sus artículos de este libro revelan muy agudamente aspectos de la vida hindú que no podremos conocer sino de dos maneras. La primera, yendo a la India; la segunda, leyendo a quien la conoce bien y la ha saboreado en un viaje largo, detenido y hasta peligroso.

En suma, tenemos al frente un buen libro, traducido con toda la perfección que es dable suponer en trabajos de esta índole, por don Ramón Mondría.

LA ORGANIZACIÓN CIENTÍFICA DEL TRABAJO EN EUROPA,
por *Pablo Devinat*.—M. Aguilar, Editor. Madrid, 1928.

Las luchas sociales que se iniciaron en Europa en el siglo XIX lograron interesar a los gobernantes de los principales países europeos. Ayudados por la estadística y por las entonces rudimentarias organizaciones administrativas que podían estar en contacto con el obrerismo, esos gobernantes clarividentes emprendieron el estudio de los problemas del trabajo.

Lo que al principio no pasaba de ser, para muchos cerebros rutinarios, anhelo ensoberbecido de unos cuantos cabecillas, fué motivo más tarde de legislación. Hoy no existe en la tierra país que se considere civilizado en que los problemas del trabajo no tengan organismos *ad-hoc* para su conocimiento y estudio cabal.

Sobre este tema, de tanta resonancia, escribe el conocido so-

ciólogo Pablo Devinat el libro cuya primera traducción castellana ofrece el inteligente editor madrileño Aguilar. Este libro tiene más importancia que la de un texto aislado sobre la materia. Forma parte de las publicaciones oficiales que hace la Oficina Internacional del Trabajo, organismo que controla todos los intentos legislativos y administrativos de reglamentación laborista, y abre la serie de traducciones castellanas que se harán en lo sucesivo, de todos los libros que se publiquen bajo los auspicios de la importante entidad internacional.

Este libro está avalorado con un dilatado prefacio de M. Albert Thomas, Director de la Oficina mencionada y uno de los *pioneers* de la organización científica del trabajo en el globo.

GLOSARIO DE REVISTAS

Bibliografía del Centenario de Goya

El primer centenario de la muerte del pintor aragonés don Francisco de Goya ha sido festejado con toda clase de solemnidades en España y también en Francia. En efecto, como el lector no ignora, Goya falleció en Burdeos. He aquí un artículo en que se reseñan los libros publicados y anunciados sobre Goya con motivo de su centenario:

«La posible fecundidad del Centenario cabe revisarla ahora, pasado el empaque de los actos oficiales, discretos y poco excesivos esta vez, y el rumor de populacheria con que, a Dios gracias, Madrid no se ha contaminado. Afortunadamente, la estela de utilidad, de mejor conocimiento del artista, es lo suficientemente amplia y espumosa para que el temporal paso del empavesado buque de las conmemoraciones pueda dejarnos gratos recuerdos. Hoy nos toca dejar nota de las publicaciones que el Centenario ha lanzado al mundo.

El nombre de Beruete ha de ser el primero que se inscriba en la lista. Su obra en tres volúmenes sobre el pintor, tan densa de crítica y de doctrina, habíase agotado hace ya tiempo. El Centenario ha hecho pensar en la utilidad de poner de nuevo el libro al alcance de los estudiosos. Se han reducido los tres volúmenes a uno solo, condensando su materia y poniéndola al día. Esta labor, tan ingrata como merecida, ha sido realizada por el Sr. Sánchez Cantón, Subdirector del Museo del Prado. El Museo, cuya bella y cómoda instalación de los dibujos de Goya anotamos en su día, ha emprendido la publicación de éstos en reproducción excelente. Ha aparecido el primer tomo, conteniendo cien dibujos, en edición preparada también por el Sr. Sánchez Cantón, autor asimismo del catálogo de la sala donde están instalados. Y por último, otra contribución del Sr. Sánchez Cantón al Centenario de Goya es su discurso en la Academia de San Fernando, estudiando, documenta-

damente, la actividad de Goya como académico.

Obra meritoria es, y una de las mejores iniciativas de la Junta del Centenario, la publicación de los grabados y litografías en edición económica, llevada a cabo por Espasa-Calpe. Las obras de Goya en buenas reproducciones del tamaño de los originales se ofrecen en un tomo prologado por el Sr. Velasco. No podría en carecerse bastante la importancia y utilidad de esta publicación que tanto contribuirá al conocimiento del artista en uno de sus más geniales aspectos.

Después de esto, en España y fuera de España, un conjunto de publicaciones, monografías y artículos de revista revelan que el Centenario ha tenido su justo eco europeo. Anotaremos algo de lo más importante sin intención de agotarlo todo.

Un buen resumen, en el tipo del libro de vulgarización, es decir, sin empeño de erudición especialista, pero útil para acercar al maestro a una gran masa de público, es el libro del pintor y crítico de arte Bernardino de Pantorba. Tipo de libro a la francesa, con una discreta utilización de los estudios de detalle y avalorado con fotografías; el mejor elogio que puede hacerse de obra es decir sencillamente que no existía aún en nuestra bibliografía un libro de ese género.

Un libro semejante es el Go-

ya de Pierre Paris, publicado por la Casa Plon. El señor Paris, tan familiarizado con nuestro arte, principalmente el antiguo, ha abordado la tarea de resumir para lectores franceses la vida y la obra de Goya. Es de lamentar solamente, sin que esto sea restar méritos a su obra, elegantemente escrita, con justas y bellas frases de apreciación del arte de Goya, que vaya salpicada de algunos errores que hubieran sido fácilmente subsanables para persona tan conocedora del lenguaje, del ambiente y de las cosas españolas. En las mismas reproducciones se incluye alguna obra, no ya discutible, sino apenas considerada como de Goya — «El ahorcado de Lille», por ejemplo— y se dice que está en el Prado el retrato de Bayeu del Museo de Valencia.

Comentario literario a Goya y a muchas más cosas de España es el libro de René Schwob, titulado «Profondeurs de l'Espagne», recientemente aparecido. Lleva excelentes reproducciones.

Una selección del epistolario de Goya, comentada por el Sr. Díaz Plaja, ha sido publicada por la Editorial Mentora, con el intento de mostrar aspectos característicos del artista con trozos de sus cartas. Vulgarizará párrafos de auténtica literatura del gran sordo y dará a conocer este aspecto a mucha gente que no haya leído el

folleto de Zapater o su reedición por Calleja. Por cierto que la obrita de Zapater ha sido vuelta a publicar por la revista «Universidad», de Zaragoza, que anuncia una edición aparte de ella, completando algo el epistolario. Será empresa útil, pues el folleto de Zapater es ya raro y la edición Calleja es libro de lujo. Meses atrás esta misma revista universitaria publicó un interesante estudio del Dr. Royo Villanova sobre Goya y la Medicina, curiosa y erudita aportación de un médico al Centenario del artista.

Y tocamos el capítulo Zaragoza. Los aragoneses, con un gran aparato de regionalismo, un poco acaparador—se ha dicho en estos días en un momento de arrebató lírico «que no podía entender a Goya más que el que fuese aragonés» (!)—tenían grandes proyectos goyescos. Todo ha quedado en... toros. Un cronista zaragozano decía amargamente que lo único serio del Centenario han sido las corridas—¿cómo no?—goyescas. Las juntas «Magnas» y otras cosas tan terroríficas han sido el parto de los montes. La Junta organizadora, no sé si magna o no, ha publicado unas conferencias breves sobre temas goyescos, de vulgarización.

Se salva del naufragio la revista «Aragón», que ha publicado un bello número conmemorativo con artículos de es-

pecialistas y reproducciones de las obras de Goya—auténticas o dudosas—que en Aragón se conservan. Algunas se reproducen por primera vez. Los colaboradores del número aportan además en algún caso, noticias inéditas.

La revista ha dado también su contribución al Centenario. Números especiales de «La Esfera» y «Blanco y Negro»—reproducciones deficientes,—artículos en revistas francesas—«La Revue Hebdomadaire», por Jean d'Elbée y R. Schwob; otro de Gabriel Ronchès en el suplemento ilustrado del «Figaro».—Destaquemos uno muy bellamente ilustrado en la «Illustrierte Zeitung». Muy bello número ha dedicado al Centenario en su «Boletín» la veterana y benemérita Sociedad Española de Excursiones.

Y para terminar: se anuncia—aún no lo he visto—el Goya de Ramón, cuyo solo anuncio nos hace pensar en los deliciosos arabescos agudos y certeros que tejerá en torno al gran artista el gran escritor; y se habla también de una próxima obra de d'Ors, donde Goya quedará definido en los sutiles y constructivos conceptos de «Xenius».

Ha servido además el Centenario, y es este el principio de la sabiduría, para que todos reconozcan que se sabe aún muy poco sobre Goya. Y ya será un feliz resultado si la fe-

cha conmemorativa, en vez de hacer pasar la hoja en un bostezo desatento capaz de durar otros cien años, inaugura una labor firme en el conocimiento de nuestro gran pintor, acaso la mayor aportación de España a la historia del arte del mundo.

No ha aparecido, a pesar de estar prometida para Enero, la obra de Mr. Desparmet Fitzgerald, que está anunciada como un intento de depuración definitiva del catálogo de la obra goyesca. Desearemos que lo sea, aunque los prospectos repartidos con specimens de las papeletas y de las reproducciones tuviesen lamentables errores, de los que hay que desear salga purgada la obra misma. Y más de lamentar todavía es que la casa editora de los «Klassiker der Kunst» haya aplazado la aparición del tomo de Goya, obra monumental que prepara—y será en dicha serie el primer tomo, cuya primera edición se encarga a un español—el Sr. Allende Salazar, nuestra superior autoridad en cuestiones goyescas.—ENRIQUE LAFUENTE.—(LA GACETA LITERARIA, Madrid).

Max Jacob y la libertad

Con este título se lee en un número reciente de la *Nouvelle Revue Française* un agudo artículo escrito por el crítico Jean Cassou. De las observa-

ciones que contiene este trabajo sobre la obra de Max Jacob, vamos a extraer algunos que nos parecen de interés para nuestros lectores. Los libros de Max Jacob tienen en Chile pocos lectores. El artículo de Cassou debe servir sin duda para aumentar el número de los gustadores de una obra literaria tan interesante.

Cassou comienza por aludir a la extendida noción de que los franceses son el pueblo más espiritual de la tierra, continúa examinando la línea tradicional de los escritores de su país, Rabelais, Montaigne, Voltaire y los Enciclopedistas, estudia de paso el caso de Flaubert y asienta sobre el simbolismo esta curiosa observación: «El simbolismo, después del romanticismo, desnudó de nuevo el alma humana de todo lo que no era ella misma, anuló en torno a ella los embates de lo real, de lo social y de lo político, y le restituyó sus posibilidades menos previsibles. El poeta simbolista no tuvo siquiera necesidad de gritar: ¡Viva la anarquía! Hacer un poema era ya para él un acto de anarquía».

Luego se ocupa en establecer cuáles han sido, después del simbolismo, las vicisitudes de ese especial espíritu y alude a André Gide, del cual dice: «Es el hombre al cual tenemos que referirnos siempre que se quiere trazar el cuadro espiri-

tual de nuestro tiempo y llega, separando el placer del sentimiento y por sus diversas audacias analíticas, a establecer en él una claridad que no debe nada a las disciplinas en que ha sido formado».

Al lado de Gide, Jacob, sigue diciendo Cassou, «es el espíritu mejor dispuesto para todos esos ejercicios, esas fugas, esas reducciones». «Pero Gide—agrega—no puede separarse de sí mismo, a pesar de todas sus tentativas, y su obra es una serie de actitudes en que, haya lo que haya, está él todo entero».

«Nada de lo que hace Max Jacob—escribe en seguida Cassou—toca tierra, y él, con sus poemas en prosa, es inventor de un arte que imita el arte y de un mundo que no es sino la sombra de los mundos poéticos conocidos hasta hoy. Dibuja los trazos más sinuosos, que rebotan en otra parte en el momento en que iban a determinar el menor parecido. En cada momento se cree presentir el museo en que ha cogido la forma que parodia, pero este presentimiento se desvanece en seguida, y una vez terminado el poema, tenemos en las manos un objeto innominado y dotado de cierta vida monstruosa y diabólica».

Luego, profundizando más el análisis, asienta Cassou un aspecto muy característico de la obra de Jacob: «Pero—escribe

—donde Max Jacob muestra su más viva agilidad y el más alto grado de su insolencia, es cuando, después de haber disuelto las expresiones de los hombres en una insignificancia ilimitada y bajo la cual no podemos cogerlo, ni él, ni nadie, ni nada en el mundo, se disfraza él mismo de burgués y toma imperturbablemente por su cuenta los interminables discursos con que el burgués hace notar sus virtudes, su razón, su sentido de lo útil y de lo grave, su avaricia, su solemnidad, su satisfacción. La más audaz negación que puede hacerse de una cosa es reproducirla. He aquí un espíritu tan volátil y tan ligero que ninguna forma lo contiene, y un escritor tan libre que se puede decir de él que no tiene ningún estilo. Nada se expresa por él sino una sutil bufonería en que se anonada toda expresión de lo real. Pero de pronto se le coge: ha tomado un parecido. Mejor aún: se ha confundido; helo aquí diluido en ese ser ordinario e innumerable en que se ha absorbido la forma actual de la humanidad. Y la más cruel sátira que de él haya podido hacerse, es aplicarse con tanto cuidado a esta vertiginosa monería».

«Una ironía suprema de Max Jacob—agrega luego Cassou—para la consideración del burgués y la invención más sangrienta que haya encontrado

para burlarse de él, es hacerse católico». «La mitología católica le ha proporcionado una colección de personajes más o menos alados, en el ejemplo de los cuales puede admirar su propio gusto de las metamorfosis. Pero, sobre todo, la religión le propone un modo de conocimiento que no debe nada a la razón y una disposición a restablecer como cuestiones las cosas sobre las cuales el co-

mún de los hombres creía haber podido fijar un acuerdo inquebrantable».

La técnica literaria de Max Jacob equivale, según Cassou, en literatura a la técnica pictórica de Picasso y del aduanero Rousseau o, mejor aún, de Georges Rouault, que se distingue lo mismo que Jacob, por ser católico y por su odio a lo trivial del burgués.—S.

En nuestro próximo número

En el número próximo de *ATENEA*, correspondiente al mes de Junio del año en curso, se insertarán, entre otros, los siguientes artículos de especial interés:

Uno de María Monvel, sobre el divorcio. Este problema, de candente actualidad, será estudiado en las páginas de nuestra revista por espíritus que, como el de la autora de «Fué así...», representan tendencias modernas a la vez que bien cimentadas en el estudio y la observación. A este trabajo seguirán, en números sucesivos, otros de diversos autores, cuyos nombres adelantaremos en su oportunidad.

Un comentario espiritual e ideológico a Solveig, la heroína ibseniana, hecho por el inteligente crítico y escritor nacional don Domingo Melfi Demarco (*Julián Sorel*). Este trabajo, que no vacilamos en considerar de primera importancia, forma parte de un libro que el señor Melfi publicará dentro de poco y es la aportación de *ATENEA* al centenario de Ibsen, que ha sido celebrado por los escritores de todas las lenguas.

Una serie de crónicas santiaguinas de Daniel de la Vega, cuya competencia en la acotación de aspectos sentimentales e irónicos, tanto de la capital como de cualquier rincón del país, no necesita ser encomiada en estas páginas. Sus diarias colaboraciones en la prensa de Santiago le han abierto una ancha y sólida fama.

Todos estos artículos, obvio es decirlo, son exclusivos para *ATENEA* y rigurosamente inéditos.

574
2

Colaboradores del extranjero

Aprovechando el viaje del señor don Enrique Molina por algunos países europeos, la Dirección de ATENEA ha contratado los servicios de diversos escritores extranjeros, que desde una fecha próxima comenzarán a colaborar en nuestras páginas. No podemos adelantar por el momento los nombres de estos nuevos colaboradores, entre los cuales se encuentran notabilidades de las letras y de las ciencias de diversos países. En algún número próximo indicaremos quiénes serán nuestros nuevos colaboradores y qué especialidades tratarán en las páginas de ATENEA.

BR
HJ

MCD 2018